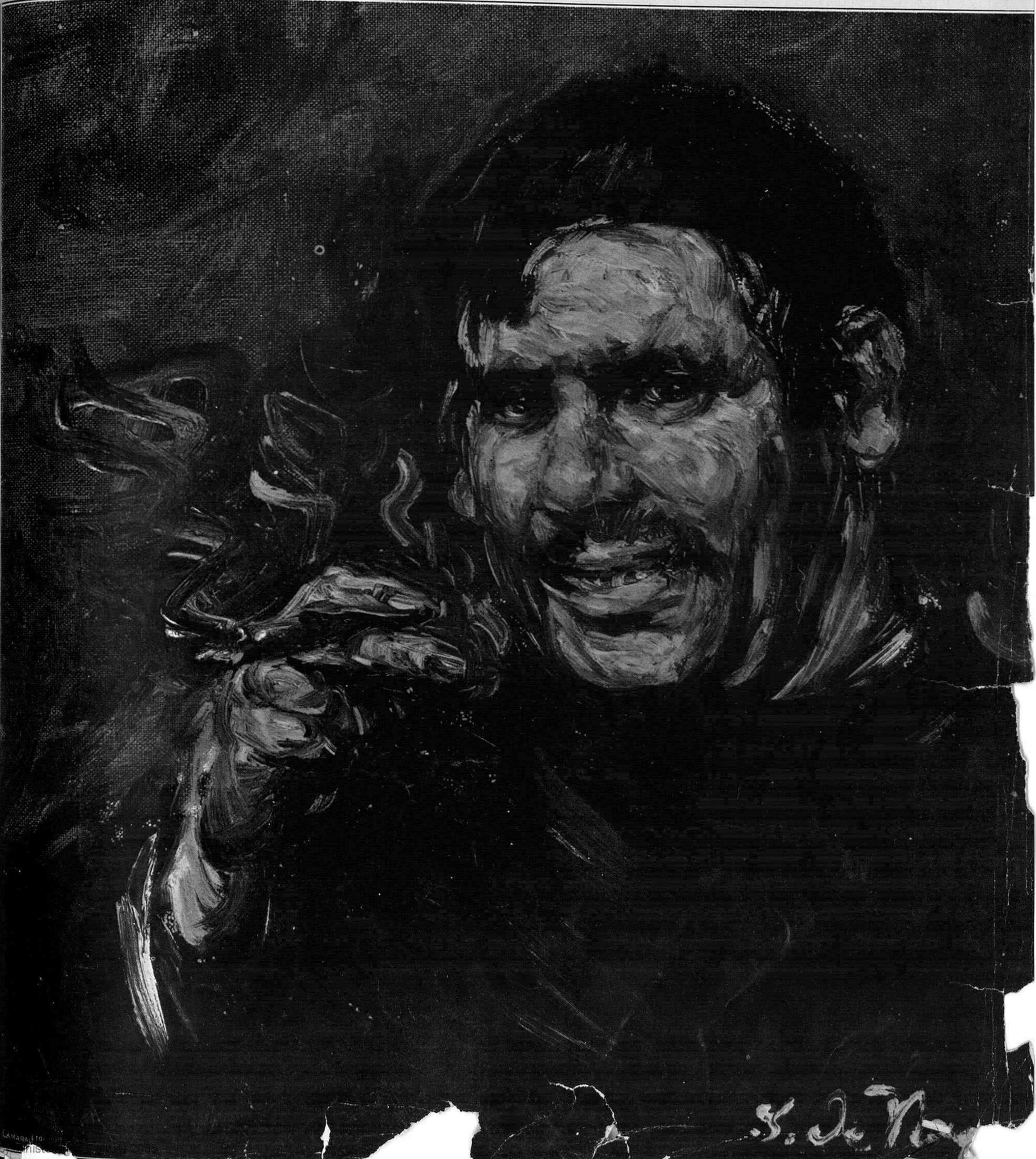


La Esfera

ATE
BIBLIOTECA
MADRID

Año II * Núm. 68

Precio: 50 cénts



S. de N.

LAMARA 10



Ehrmann.

¡ Deliciosos
perfumes
de las flores cam-
pestres.....!
Os encuentro
reunidos en el
Jabón

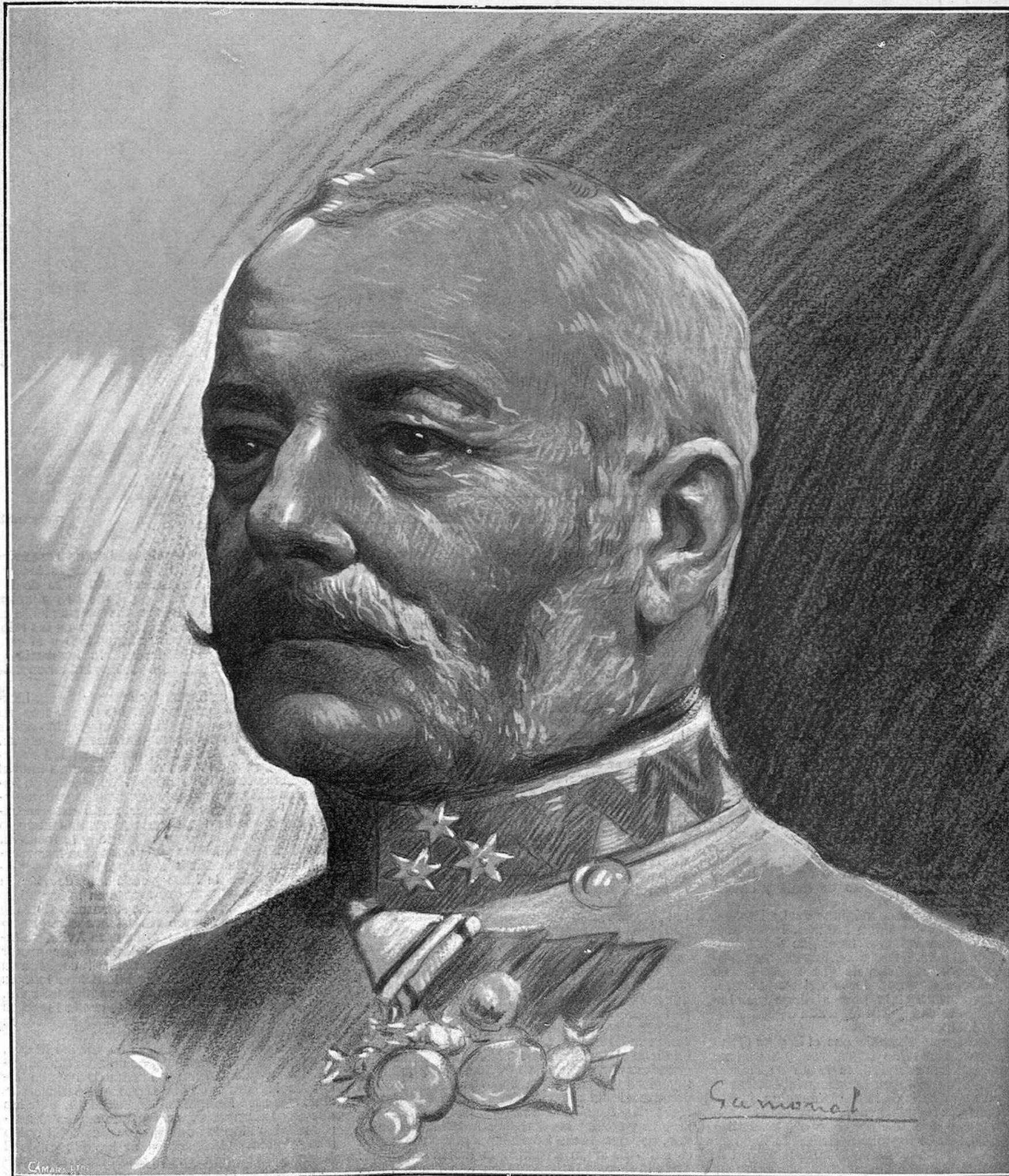
HENO de PRAVIA

La Esfera

Año II.—Núm. 68

17 de Abril de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



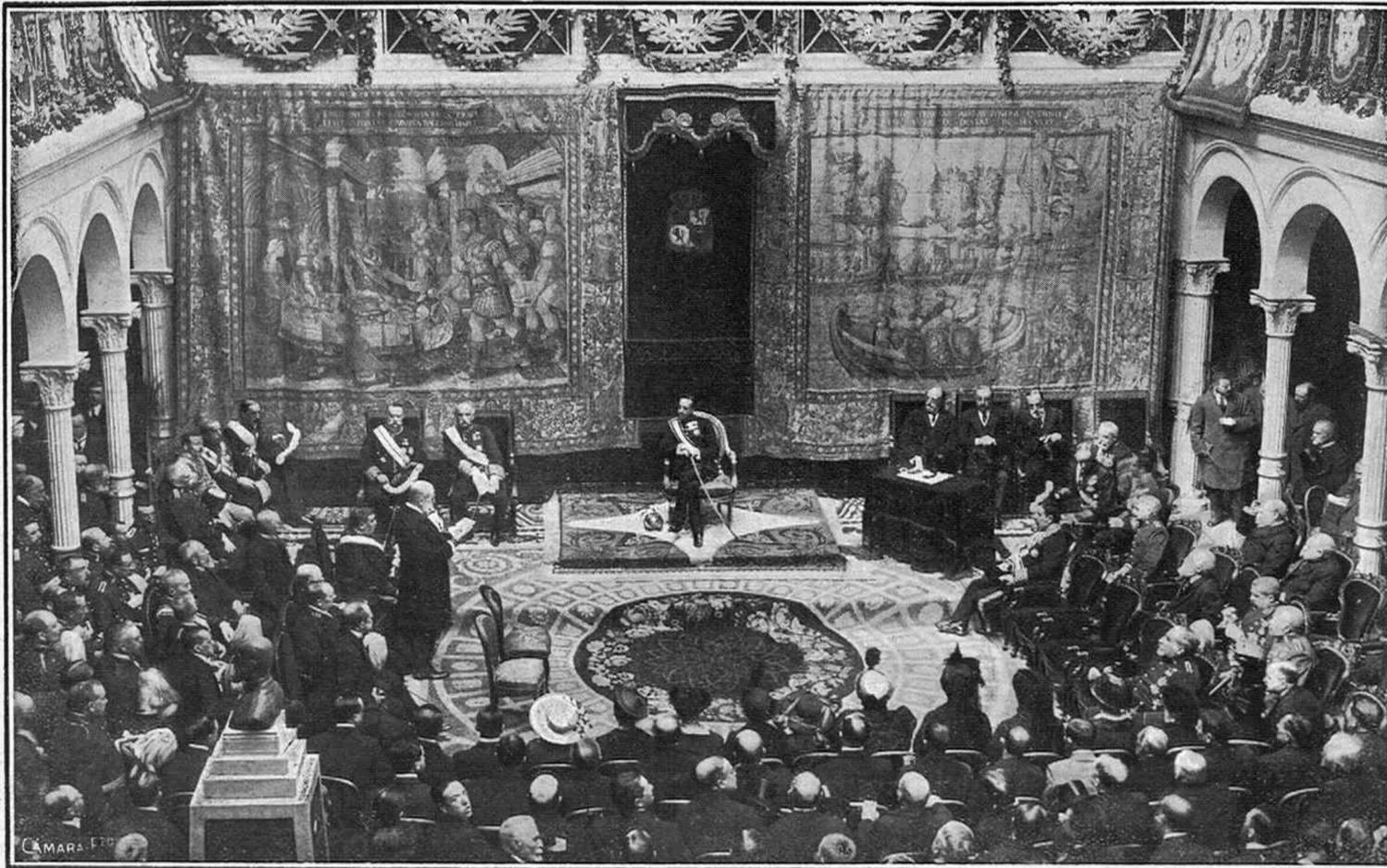
EL ARCHIDUQUE FEDERICO DE AUSTRIA

DIBUJO DE GAMONAL

Nombrado comandante en jefe del Ejército austro-húngaro, que ha de operar en Servia

EN
BIBLIOTECA

DE LA VIDA QUE PASA
LA CORONA ANTE LOS INGENIEROS



S. M. el Rey presidiendo el acto realizado el día 10 del actual en la Escuela de Ingenieros de Minas

FOT. CAMPÚA

He querido deciros ahora que sería deseo mío estar siempre al frente de vosotros, como lo estoy también al del Ejército; porque sois polos en la vida material de España; porque la ingeniería es la semilla preciosa del engrandecimiento contemporáneo; porque quiero á vuestro lado multiplicar esta semilla y hacerla florecer en el ardiente y abonado suelo de la tierra española... ¿Será irreverencia poner unos levísimos comentarios á estas graves, altas y trascendentales palabras, leídas por el Rey en la admirable ceremonia celebrada en la Escuela de Ingenieros de Minas? Para que no lo sea ni lo parezca, preciso será acogerse á nuestro convencionalismo constitucional, sin el que la Ley fundamental resulta demasiado rígida y estrecha, sobre todo, cuando en la cumbre hay una patriótica inquietud y desasosiego por la tardanza del engrandecimiento nacional. Según este convencionalismo, ese discurso, como cualquier otro en que el Monarca hable de problemas del Estado, como cualquier Mensaje de la Corona dirigido al Parlamento, no pertenece al Monarca, sino al Gobierno responsable, y por pertenecer al Gobierno es lícita y conveniente su discusión.

No son estas amenas páginas de LA ESFERA, desligadas de todo tráfigo político, lugar adecuado para desenvolver el tema que en ese comentario se inicia. Baste decir que en otras épocas, no lejanas, el hecho de que un Gobierno expusiera esa novedad fuera del Parlamento, hubiese producido en la prensa diaria y en las banderías políticas grave algarada de comentarios y discusiones.

Aparte eso, es indudable que el Rey ha dicho grandes verdades á los ingenieros, y si no fuese admirable, la serenidad, la fe en su ciencia que ha probado el joven Santamaría, enterrado entre los escombros de la derruida mina, la nación deberfale siempre gratitud por haber dado ocasión á que aquellas palabras se pronunciaran. El Cuerpo de Ingenieros de Minas tiene su catálogo de mártires, como lo tiene la Medicina y como lo tienen otras muchas profesiones, cuyo ejercicio va acompañado del riesgo de morir. Cuando se cumple el deber con apasionamiento, con verdadera vocación; cuando se afronta el riesgo serena y sencillamente, por

disciplina de conciencia—como indicaba el señor Adaro, que es una de las más altas mentalidades españolas,—sin buscar cobardes arbitrios para rehuirlo, el cumplimiento del deber se trueca en lección para los demás ciudadanos. Y en España más, donde tan floja y laxa anda la pedagogía social y donde tan frecuente es el estímulo del compadrazgo, de la injusticia, y del favor otorgado y el premio concedido á la ineptitud, á la osadía, á la adulación, á la mediocridad... Este es el aspecto más interesante de la merced hecha al señor Santa María y al capataz minero que le acompañó en aquellas tremendas horas. Es una lección, que se ha querido hacer provechosa.

Acaso se ha pensado también en la mocedad de este ingeniero, puesto á prueba por la Muerte, cuando más vivo é inquieto es el instinto de conservación en los hombres, y se ha querido dar á entender á este pueblo de Belmonte y del Gallito, que sólo debe esperar grandes hechos de la juventud sabia, que viene llena de fe, poseída de espíritu vivificador, anhelante más que de rehacer á España, de crearla nuevamente. Si así fuera, ha debido recordarse á otro singular alumno de la Escuela de Minas, al señor Solana, número uno de su promoción, doctísimo geólogo, que pereció buscando fósiles en los peñascales del Cantábrico, cuando tenía poco más de veinte años.

Y más que todo esto ha querido seguramente significarse á España desde la cumbre del trono: que es preciso poner en el ingeniero la esperanza y el anhelo del engrandecimiento de la Patria... «Pienso que sois, por raro y noble privilegio, la vena caudalosa de la prosperidad nacional...» ha dicho el Rey. Es cierto. No puede forjarse la grandeza material de una nación moderna sin el ingeniero que encuentra en el subsuelo el filón de mineral y el venero de agua, que traza el ferrocarril y construye el puerto, que repuebla los montes y analiza las tierras y organiza los cultivos, que aprovecha los desniveles del río y crea el salto de agua y utiliza la fuerza eléctrica. Toda la riqueza futura está en sus manos. Los ingenieros españoles han sido notificados de la gran responsabilidad histórica que sobre ellos pesa.

Será forzoso someter á contraste este criterio

de gobierno, que es una novedad, expresado en palabras no muy claras, puestas en labios del Rey. Porque allí se dice que «el alma de los tiempos ha llevado en las naciones á término secundario la función misma del pensamiento en orden á afinar con la solución justa en las relaciones del individuo y la colectividad» y si esto no es proclamar la inferioridad, la ineficacia, el fracaso de la política, será preciso hablar en más claro castellano.

Mientras no se hagan fundamentales rectificaciones en la organización, los ingenieros no pueden tener responsabilidad en que las obras públicas se hagan lenta y desacordadamente. Antaño *El Padre Cobos*, famoso periódico satírico, expresó en una donosa caricatura todo el mal de nuestros ferrocarriles, de que luego habíamos de lamentarnos unas cuantas generaciones. Al concederse la construcción del ferrocarril del Norte se trataba de tener una línea lo más directa posible entre Madrid y la frontera, que facilitara el tráfico y abaratara los transportes. En aquella caricatura los políticos de entonces, agarraban la línea y cada uno de ellos la estiraba hasta lograr que tocara en la capital de su provincia ó cacicato. Así, el trazado dibujaba sobre el mapa de España la palabra «Progreso» y los extremos de estas letras eran Avila, Valladolid, Burgos y otras poblaciones de menor cuantía, que para tener ferrocarril conseguían aumentar en unos cuantos kilómetros la línea general que debió tener 400 y se hizo, al cabo, con cerca de 650. Y el suceso se repite luego en la línea del Mediodía y en la del Noroeste y en todas las que se han ido construyendo.

Sobre el plan de carreteras de Carlos III que, afortunadamente para España no tuvo Parlamento, los políticos fueron bordando aquella inextricable maraña de las carreteras parlamentarias, que tocó las lindes del escándalo, y de las que se construyeron, no las que urgían al interés público sino las que el favor caciquil quiso ir regalando. Así, también se ha dilapidado el dinero de la Nación y se ha esterilizado el esfuerzo creador de los ingenieros en puertos de escasa utilidad, mientras muchos trozos de costa no han tenido ni tienen más que malos muelles municipales.

El presupuesto del Ministerio de Fomento no



S. M. el Rey imponiendo la Cruz de Carlos III al joven ingeniero D. Manuel Sáenz Santamaría, que se salvó de la catástrofe de la mina de Bémez después de haber estado once días sepultado

FOT. CAMPÚA

es suficiente para procurar rápida y enérgicamente el engrandecimiento de España ó, si es suficiente, se invierte mal y se gasta en obras que no crean riqueza. Toda la realidad está en ese dilema y ni en un caso ni en otro puede decirse á los ingenieros que están notificados de su responsabilidad. No la tienen, no pueden tenerla, mientras la organización actual perdure. Los consejos superiores de Obras públicas, de Minería, de Agricultura y de Montes, formados por ingenieros veteranos ya, podrían sostenerlos perdurablemente en las obras públicas, donde los obreros están por carta de recomendación ó por remediarles el hambre; que de algunos años acá el presupuesto de Fomento no es «la semilla

Ni siquiera tienen responsabilidad por no educar una masa de obreros, que alcanzaran una suficiente técnica, para que la práctica no fuese en ellos ciega rutina. No le da preparados estos obreros la escuela de primeras letras, ni aun enseñándolos adiestrados ya, podrían sostenerlos perdurablemente en las obras públicas, donde los obreros están por carta de recomendación ó por remediarles el hambre; que de algunos años acá el presupuesto de Fomento no es «la semilla

preciosa del engrandecimiento contemporáneo», sino la lista civil del politiquismo.

Igualmente, es hora ya de notificar su responsabilidad al maestro de escuela. Sólo ellos, el maestro de escuela y el ingeniero, podrían construir una España grande, culta y rica; una España que valiese la pena de ampararla con el esfuerzo generoso de un gran ejército y el sacrificio penoso de una poderosa escuadra. La nación nueva será siempre un mítico ensueño si antes no se hace y troquela el ciudadano nuevo, culto, partícipe de un ideal colectivo, orgulloso de su patria cuyos límites y cuya historia conoce, con el convencimiento de sus deberes y la dignidad de sus derechos... El ingeniero puede roturar y fecundar los dos tercios del territorio nacional que no se cultivan, puede poner en explotación los inmensos yacimientos mineros que están abandonados, trazar vías de ferrocarril, tender cables de conducciones eléctricas, saltar los ríos, horadar las montañas, inventar máquinas, descubrir riquezas, pero todo esto, si antes el maestro de escuela no rotura el alma nacional, en más de sus dos tercios incultivada

como la tierra, serán puertas abiertas para que el capital extranjero venga á coger y llevarse los frutos de nuestro engrandecimiento... Hay que hacer España: háganla los ingenieros, pero antes hay que hacer al español en el taller de almas, que se llama escuela.

Es lógico, es humano, es admirable que en la cumbre se sienta la impaciencia de esta transformación y la inquietud de que no se realice. Es hermoso que el Rey diga á los ingenieros: «Sería deseo mio estar siempre al frente de vosotros...» y hermoso que mañana repitiera idéntica frase á los maestros de escuela, que al hacer ciudadanos, harían obreros para la riqueza y soldados para la defensa... ¿Hay obstáculos en la constitución, en el régimen?... Por mí que se salven y se borren y se aniquilen. Todo este tinglado que habíamos de derribar y exterminar no vale ya ni la pena de abrirle proceso para depurar sus responsabilidades. Como á una tertulia de comadres enredadoras y vocingleras, no se les puede aplicar más código que el arbitrario que usan en los juzgados municipales.

DIONISIO PÉREZ

ATEN
BIBLIOTECA
MADRID

:: CUENTOS ::
ESPAÑOLES



EL PRIMER REGALO

HACÍA más de un mes que los robos se sucedían en el cementerio de Sentón, pueblecillo siempre tranquilo y en donde jamás la justicia hubo de intervenir.

La vigilancia se redoblaba y no había medio de coger al ladrón. Hoy, era una cruz de flores de seda, la que faltaba; mañana un jarroncito de flores naturales, era lo desaparecido; ayer, un corazón de flores de porcelana y hierro, que un marido cariñoso depositaba en recuerdo de aniversario triste; y así, todos los días.

Los interesados, reclamaban al guarda del sagrado lugar, y éste, hacía protestas de su honradez, hasta entonces nunca puesta en duda; pero el caso ocurría con harta frecuencia, para que el vecindario aguantase pasivamente, y para que no se tomasen medidas de celo que dieran con el autor de tamaño sacrilegio.

Se acordó en unánime reunión, que el guarda acompañado del alguacil del concejo, se quedarán una noche en vela, para ver si cogían *in fraganti* á la persona que hacía los robos; pues seguramente estos eran cometidos durante las horas de descanso. Nada; en aquella noche no apareció el ladrón.

A la mañana siguiente, nueva reunión y acuerdo de que fueran relevándose de dos en dos, los vecinos más valerosos del pueblo.

Y aquí, ya hubo sus más y sus menos, porque en Sentón, todos eran valientes; pero lo que decía el tío Toño: «¡Carambo!, con las cosas de los vivos, bueno está lo bueno; pero con las de los muertos... ¡rediez! que hay que pensarlo».

Después de varias discusiones, se acordó que turnarían todos los hombres del lugar, para que no hubiera que decir que éste valía más que el otro; sino que todos eran lo mismo, y todos sabían donde tenían su corazoncito.

Y pasó un día y otro y varios más, y los objetos seguían desapareciendo.

El punto de vigilancia era la puerta.

De allí no se separaban con sendos garrotos de día y con sus buenas escopetas de noche, por si era preciso habérselas á tiros con algún ser viviente, ó con algún ánima que saliera de allí, á hacer excursiones á países lejanos.

Todas las personas, chicos y grandes, que salían del camposanto, eran sometidas á un reconocimiento, y... todo inútil. Hoy como ayer, el cementerio era robado con atrevimiento rayano en el cinismo, desapareciendo los objetos en las mismas barbas de los guardianes; lo cual les tenía verdaderamente amocados.

«Es un ánima, no cabe duda»; decían.

Una tarde del mes de Octubre, en que el cielo anubarrado amenazaba terrible tormenta, llegó, casi al anochecer, una niña rubia, de ojos de cielo, de mirar triste, vestida con un delantalito negro.

Era la única persona que en aquella tarde se atreviera á llegar al cementerio.

Estaban bien seguros: aquel día nadie más que ella, había entrado.

Los guardianes de turno, que se creían harto lejos de recibir visita alguna, se extrañaron de ver á la pequeña.

Era la huérfana de Blanca *la Maldita*.

¡La *Maldita*!, porque un día, el peor de su vida

se entregó á un hombre que la engañó con promesas de matrimoniarse en breve, y luego la abandonó á su propio albedrío, llamándola traidora, en vez de llamarla mártir de la fiera hombre, que después de saciar sus apetitos, todavía desgarraba con su zarpa, el alma virgen de aquella mujer blanca de nombre y de cuerpo, limpia de pecado hasta que el amor la rindiera. Que hemos dado en llamar pecado á la caída por amor, y no llamamos pecado á otras caídas que la ley autoriza.

Pues bien; aquella mujer llena de vergüenza, se fué á aquel pueblecito á vivir de una pequeña pensión que su padre dejó al morir, y allí nació

confortaba en aquellos momentos de pavora. ¡Y cuál no sería el asombro de aquellos hombres, al ver reunidos sobre aquel pedazo de tierra, todos los objetos desaparecidos, que el culto de la nena por su madre había amontonado, ofreciéndoselos como único tributo que podía rendirle!

—¿Tú fuiste la que robaste el cementerio?

Le dijeron los hombres, sin querer decírselo.

—Yo fui, señores. Castíguenme si hice mal.

Yo, no tengo dinero. Yo, veía que todas las sepulturas tenían algo y la de mi pobre madre, nada; ni siquiera una crucecita para marcar el



la flor más linda que en el jardín del amor creciera. Esta era la nena que entraba en el cementerio y que como todas las tardes desde que su madre murió, venía á visitar su sepultura.

Nuestros hombres siguiéndola con la vista, vieron que llegaba á un rinconcito del cementerio, donde descansaba el cuerpo de su madre, que allí de rodillas rezaba, y ya no se ocuparon más de ella. Dejaronla entregada á sus oraciones y... llegó la noche.

A sus puestos fueron para ver si sorprendían al culpable; pero la tormenta que amenazara toda la tarde, estalló aparatosamente; la puerta se cerró violentamente, y el guarda, estimándolo presagio, echó la llave sin acordarse de la pequeña. Hacia la casa iba en la seguridad de que aquella noche no ocurriría nada, cuando el compañero le recordó que no había visto salir á la pequeña. Retrocedieron y buscaron á Blanquita. Allí estaba refugiada en un rinconcito sin perder de vista la sepultura de su madre, que sin duda la

sitio. Y pensé: «día llegará que hasta el sitio se habrá borrado...» y para no perderlo, y para poder venir siempre aquí á rezar, lo marqué con estas cosas... Si fui mala, castiguenme á mí; pero no le quiten á mi mamá lo que le puse, porque lloraría mucho, al ver que le quitaban el primer regalo que su hija le ha hecho.

Y aquellos hombres curtidos por el sol y el aire; aquellos trabajadores del campo, endurecidos en la lucha diaria, juzgaron que á veces el robar no es pecado, y lloraron con la nena y la abrazaron diciendo:—¿Castigarte?... ¡No! Bendita seas mil veces; que quien quiere á su madre como tu la quieres, buena tiene que ser.

La tormenta pasó; la luna brilló espléndida en el cielo, y la niña secó sus lágrimas. Desde aquel día tuvo casa y padre, y ya no fué *la hija de la Maldita*, sino la hija de Blanca la del arrabal de Sentón.

JUAN GÓMEZ RENOVALES

DIBUJO DE MEDINA VERA



Una japonesa orando ante los Dioses de la Luz, á orillas del río Daiya, en Nikko

EL JAPÓN MODERNO

YA no es el Japón el pueblo misterioso, enigmático, impenetrable que desde mediados del siglo xv, en que fué descubierto por Méndez Pinto, hasta 1864 en que la vigorosa acción de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos logró imponerse á la obstinada y ruda hostilidad de los nipones, sólo se conocía por las vagas referencias de algunos viajeros portugueses, ó por los imprecisos informes de los misioneros que, como San Francisco Javier, marcharon á aquellas tierras dispuestos á conquistar partidarios para el cristianismo.

Sólo la persuasiva fuerza de las armas pudo conseguir que se abrieran al comercio europeo los puertos japoneses y que la diplomacia, ejerciendo sus funciones, franqueara el paso á la civilización de Occidente; pero si el Japón llegó á

aceptar la extraña ingerencia y se dejó influir algo por las costumbres de Europa no fué hasta el punto de trocar los principios fundamentales que caracterizan la existencia de aquel extraño pueblo.

De los progresos científicos de Occidente adoptaron los maestros nipones algunas enseñanzas, y tal vez la moderna psicología de los grandes pensadores influyó algo en su espíritu, marcando el rumbo de una evolución política y social que acentuándose rápidamente nos muestra hoy al Japón como uno de los pueblos más progresivos, y nos promete presentarlo muy pronto como uno de los más perfectos, ya que en él se ofrece el extraordinario fenómeno de haber sabido armonizar los útiles conocimientos de hoy con las sanas ideas y los inflexibles

principios en que se inspiran sus leyes, sus tradiciones y sus costumbres.

El sentimiento patriótico de los japoneses, su rígido concepto del deber y su inflexible modo de interpretar la idea de la justicia, que es en ellos tan sagrada como la propia religión, constituyen los principios fundamentales de su fisonomía moral y son los rasgos que más energicamente caracterizan á ese pueblo.

Habrá logrado en él la civilización europea aparentes conquistas, pero la avalancha de egoísmos que desnaturaliza y deforma los más santos ideales no consiguió hacer mella en el ánimo de los japoneses ni desvirtuar en lo más mínimo sus sentimientos. Y es asombroso que habiendo sabido aprovecharse de aquellos adelantos que determinan el progreso de Europa,

ATEL
BIBLIOTECA
MADRID



Una dama japonesa paseando con sus hijos por la avenida principal de Shiba Païto, en Tokio, bajo los cerezos en flor



El director de la Escuela de Artes é Industrias de Kiotto, conversando con su esposa en el jardín de su casa

para conseguir un rápido engrandecimiento, hayan sabido preservar de la destrucción que ocasiona en las ideas rancias la invasión de las nuevas ideas cuanto con aquellos principios se relaciona más ó menos directamente. En su religión, en sus tradiciones heroicas y caballescascas, como en su arte no han podido influir tampoco los progresivos vientos de Occidente, y fortuna es, porque aparte de que en nada hubieran hecho ganar, habríanles despojado de la belleza que les da su originalísimo estilo y la pureza de su carácter.

ooo

Los más antiguos libros de historia y toda la literatura japonesa dan evidente testimonio de esas virtudes que distinguen al pueblo nipón, y que en nuestros días de inhumanas iniquidades, de vicios triunfadores y de ensalzada barbarie que se enmascaran con el noble dictado de civilización moderna, han de parecer mucho más admirables á los hombres de recto espíritu.

Dar la vida en cumplimiento del deber no ha merecido nunca entre los japoneses el menor elogio, y aún hoy, es considerado como lo más deshonroso no ofrecerse satisfecho á la muerte cuando el deber lo impone.

Para el antiguo guerrero lo mismo que para el soldado de hoy no han existido la rendición ni la derrota, pues antes de someterse al cautiverio ape- la, sin vacilación, al sui-



Labradoras de Swakuni, manipulando la paja del centeno, con destino á usos industriales

cidio, como aún se apela, entre nobles gentes, cuando una afrenta recibida no puede vengarse con la muerte del ofensor.

En los viejos poemas, en las oraciones sintoístas, en los dramas populares, en todo aquello que se inspira en el alma japonesa, obsérvase la admiración ferviente del pueblo por los que se sacrificaron al cumplimiento del deber ó á los inflexibles dictados del honor.

En cuanto al modo de interpretar la justicia, basta para formar idea este hecho que consignan algunos de los escritores que visitaron el Japón.

Durante un reciente proceso seguido por los jueces nipones contra el policía que en Kiotto intentó asesinar al Zar de Rusia, demostróse palpablemente que ni ruegos, ni ofertas, ni amenazas pueden influir en el ánimo del que á su cargo tiene el cumplimiento de la ley. El Gobierno de Tokio quería que el criminal fuese condenado á muerte, para dar de este modo una satisfacción á Rusia, pero como en los códigos nipones no se castiga con esta pena la tentativa de asesinato, los jueces no atendieron la indicación de los gobernantes.

Destituídos por el Gobierno nombráronse otros más de su confianza, pero la sentencia de éstos fué igual que la que los anteriores dictaron. Entonces el Emperador, infalible como hijo de los dioses, llamó á los jueces para que modificaran la sentencia en el sentido que su

Gobierno deseaba. Todo fué en vano; el presidente de la sala sentenciadora, anciano samurai, como todos sus compañeros, contestó en esta forma: «Si los rusos nos hacen la guerra porque aplicamos la ley, estamos prontos á morir defendiendo á nuestra patria; pero la justicia es justicia.»

Esta religiosa idea del deber, de la justicia y del honor es el fundamento de las virtudes excepcionales de los japoneses que, hasta en lo que á la gobernación del Estado atañe, inspírase en principios tan sanos como el que se consigna en este capítulo: «La ciencia de gobernar se basa en la justicia estricta, y conviene saber que es justo premiar el mérito y castigar el crimen y que no debe haber en esto debilidad ni complacencia». Entre las divinidades sintoístas que el pueblo adora, cuéntanse muchos jueces y aun hombres de gobierno. ¿A cuántos que tan sagradas funciones desempeñaron en Europa conceptuaron sus respectivos pueblos dignos de elevarlos á sus altares?

Desde que cediendo á imposiciones de la fuerza abrióse el Japón á la diplomacia de Europa y sus puertos al comercio mundial, comenzó la evolución política que ha convertido en simple Monarca constitucional al Emperador de origen divino.

Consecuencia de este cambio en la forma del poder supremo ha sido la modificación radical sufrida por todos los organismos del Estado. Pero si aparentemente se ha operado una verdadera transformación, conservan en el fondo los japoneses las cívicas virtudes que caracterizaron su raza y las pintorescas costumbres, que apenas se aparta de la capital el observador, sorpréndelas en toda su pureza.

Como la maravillosa arquitectura de sus templos, cuyo arte y cuya riqueza incomparable deja suspenso el ánimo, como su paisaje feraz, de una belleza infinitamente superior á cuanto puede imaginarse, son las manifestaciones todas de la vida de aquel imperio, la vivienda, la indumentaria, las costumbres, todo lo que puede herir la vista del espectador nos habla del Japón originalísimo y brillante que inmortalizaron en sus pinturas los artistas nipones.

Si se pasea bajo los cerezos en flor de las avenidas de Shiba Pahito, en Tokio, sólo nuestra antiestética vestidura europea romperá la armonía que en aquel bello paisaje de luz y de color maravilloso tiene el traje típico de vivos to-



Japonesas en la calle

nos de la japonesa aristocracia, ó el no menos pintoresco, aunque más humilde, de la gente plebeya del país; si se visita en su vivienda á un funcionario público, sorprendiéndole en la intimidad de la familia, se le encontrará con su kimono clásico, sentado sobre sus propias piernas, en una esterilla puesta en el suelo, junto al jardín minúsculo que tienen las casas todas de familias bien acomodadas.

La mujer del hogar no podrá sorprendernos por su belleza ni por el lujo de su traje; en cuanto se refiere al sexo femenino tampoco han cambiado las costumbres, y la mujer honrada no ha visto elevarse la triste condición á que leyes y usos la tienen sometida. Para formar idea de la esclavitud en que vive y de la desconsideración en que se la tiene bastará citar algunas frases de un literato japonés cuyo testimonio no es posible poner en duda: «Entre los nipones—dice—nadie se casa por amor. Cuando sabemos que

un hombre se aparta de esta regla le consideramos como un sér despreciable, falto de moralidad, de quien sus mismos padres se avergonzarían». Quizá esto obedece á que en el Japón no tiene el matrimonio el menor carácter sagrado, sino que es un concierto, de pura conveniencia, entre el padre y el pretendiente y en el que la víctima propiciatoria, ó sea la mujer, no tiene voz ni voto.

En cambio de esta depresiva condición á que se condena á la mujer destinada al hogar y formando con este cuadro el más rudo contraste, ofrécese el de la alta estimación en que se tiene á las cortesanas. Para las que venden sus caricias son todos los favores de la consideración y de la fortuna, hasta el sentimiento popular exaltábase con las fantásticas relaciones en que la leyenda las diviniza y ante los escarpatos en que se exhiben, en el Yoshiwara, detiéndose abortos nobles y plebeyos, por igual admiradores de las bellezas pálidas que cubren su delicado cuerpo con kimonos claros de seda recamada de áureas flores y pájaros de vistoso plumaje.

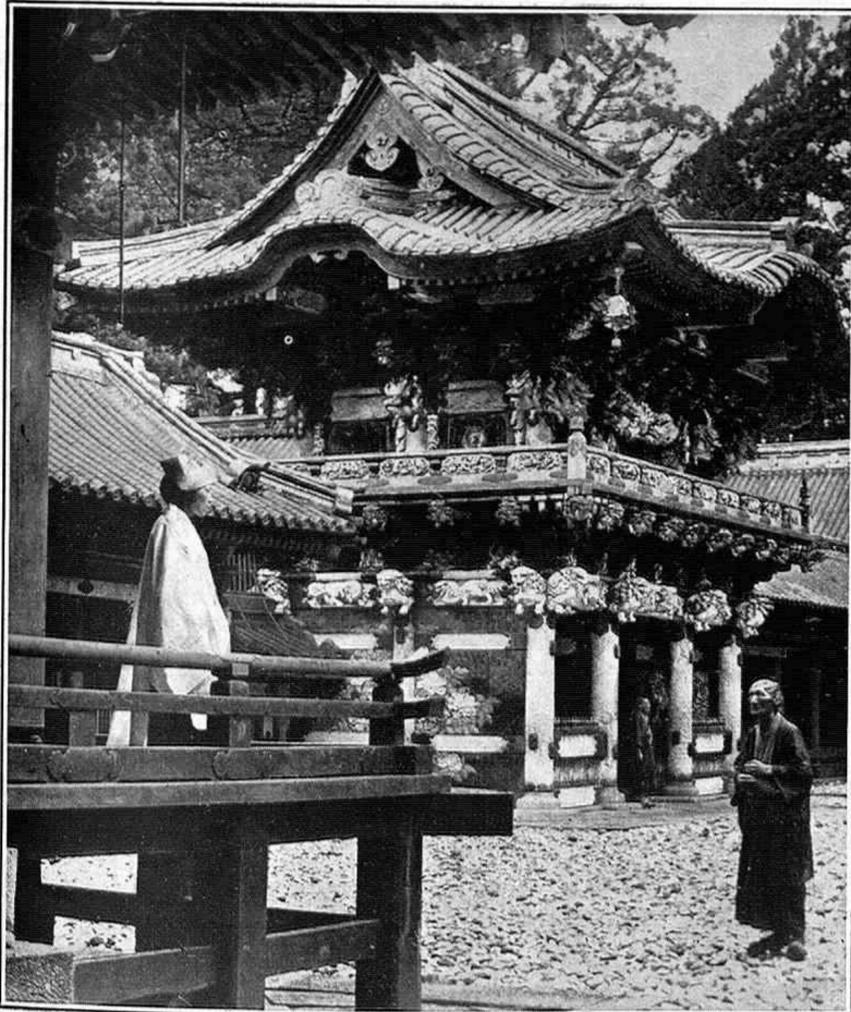
Para estas musmés son todos los halagos que se niega en el Japón á la mujer honrada.

En esto sí que no debe ser tomado por nadie como ejemplo.

Sintiendo los japoneses una veneración por las flores cuyo arraigo se explica teniendo en cuenta que está inspirado en las leyendas búdicas que atribuyen á las plantas y á los arbustos la misma sensibilidad que á los seres humanos, considerándoles dotados de alma, no podrá sorprender que la contemplación de los paisajes constituya para aquel pueblo uno de los espectáculos más atrayentes y que las más hermosas fiestas populares sean la de los cerezos floridos en Abril y la de los crisantemos en Octubre. Un paisaje cualquiera de los alrededores que ofrezca bellas perspectivas y floridos campos, justificará la instalación de una casa de te como las que tanto abundan en la ciudad, que estará llena siempre de silenciosos admiradores, únicamente atentos á la mística contemplación de la naturaleza.

Pueblo que de tal modo ama las flores ha de estar necesariamente dotado de sentimientos exquisitos, que sus poetas y sus artistas supieron expresar en estrofas admirables, ó en pinturas, que causan hoy el asombro del mundo por su originalísima belleza.

JUAN BALAGUER



El famoso templo budista de Yabushi (Nikko), considerado como una de las maravillas de la arquitectura japonesa



La gran campana del templo de Chionin (Kiotto), de tres metros de diámetro, y cuya antigüedad se remonta á más de tres siglos

ATEL
BIBLI
MADRI

PARÍS BAJO LAS BOMBAS
 "LAS ALEGRES NOCHES DE TRAGEDIA"

LES voilà!—Tal dijo París en la noche trágica, en la noche histórica del sábado 20 de Marzo, al serle anunciada, con premiosos toques de clarín, la primera visita oficial de los zeppelines...

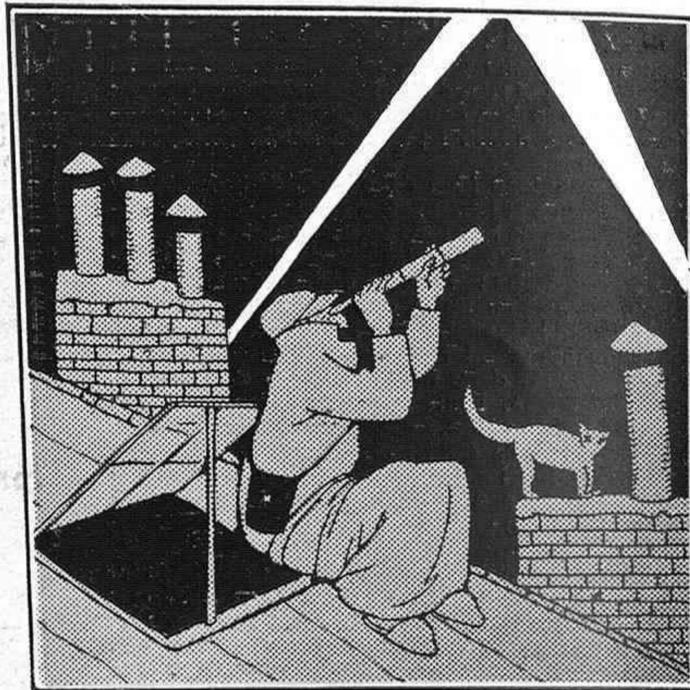
Oficialmente, con timidez de espías ó de malhechores de escasa monta, ya se habían acercado á París en otras ocasiones las «kolossales» aeronaves del conde Zeppelin... La primera de estas medrosas intenciones se llevó á efecto hace dos meses: no llegaron hasta acá los dirigibles, pero esto bastó para que el general Galliani, hombre previsor, resucitara el antiquísimo y olvidado *couvrefeu*, en virtud del cual, paradójicamente, la «Villa Luz» se envuelve todas las noches en sombras, restituyéndose á los buenos y viejos tiempos de su existencia medioeval...

Y así, en plena capital de Francia, hemos vivido las melancólicas veladas características de una burguesa y apacible ciudad provinciana: las oficinas cerradas á las cinco de la tarde; las tiendas, á las seis; los cafés, á las nueve; los portales, á las diez; y sobre todas las ventanas, la discreta y púdica reserva de unas persianas ó de unas cortinas herméticas; y en las calles entenebrecidas, apenas un tembloroso farolillo que de trecho en trecho nos indica la existencia de una encrucijada ó la embocadura de un puente...

Bajo tal y tan estricto régimen, nos fué necesario renunciar, con el más grande dolor de nuestro corazón, á las delicias de la *flânerie* sobre el boulevard, á la hora mundana y galante del *cinq á sept*; y á las clásicas tertulias-mentideros de las terrazas; y á la eterna peregrinación de escaparate en escaparate, especie de crucero en corso que llevábamos á cabo tomando como objetivos las esplendentes vitrinas de los joyeros, de los perfumistas, de los modistos, ante las cuales hacen escala forzosa todas las mujeres bonitas de París... E igualmente, habíamos concluido el trasnochado aventurero; habíamos dado fin al indiscreto discreto en torno á las mesas del restaurant; y no era más que un recuerdo aquella adorable hora de la alta noche,

hora durante la cual, desde nuestra ventana, contemplábamos con prodigioso interés el *petit coucher* de la vecinita de enfrente, quien, por una feliz y constante casualidad, se olvidaba todas las noches de correr los cortinones ó de cerrar las persianas de su balcón, y así, sonriente y maliciosa—divina bajo la clara luz de una lámpara de a'coba—nos mostraba los albos encajes ó las sedas transparentes de su *desvestido*, tan desvestido en ocasiones, que bien parecía un absoluto y maravilloso desnudo...

¡Acabado todo eso!... ¡Fini!... El ceñido y severo general Galliani nos había privado de las horas más bellas de la vida con la misma inexorable energía con que prohibió á las damas de la Cruz



Roja todas las elegancias en aquellos uniformes de la Rue de la Paix dotados de inoportuno «chic»... Pero este gran soldado, que hoy nos gobierna como dictador, no contó con los efectos sorprendentes que había de producirnos la primera agresión de los zeppelines, cuando éstos, al fin, se resolvieron á bombardearnos. La flota aérea del emperador Guillermo, nos ha devuelto la alegría y el *entrain* que ha-

mejores horas de los indiscretos discretos callejeros, en la súbita y afectuosa intimidad que establece el peligro, cuando su presencia no causa miedo...

Antes de la noche histórica del sábado 20 de Marzo, París se lamentaba del tedio de sus veladas; desde esa inolvidable fecha acá, gracias á las visitas casi diarias de los aeronautas alemanes, París se divierte...

¡Noche de zeppelines, noche de fiesta!... Así que vibran las notas estridentes del *garde á vous*, la zambra comienza; los Campos Elíseos y la plaza de la Concordia se truecan en feria, y como esta feria se celebra á oscuras, sin más luz que la de la luna, cuando brilla, ó la de los fogonazos, cuando el «75» tiene la palabra, la ocasión es propicia como ninguna para la ironía y para el amor... La *boufadé*, el chiste

y el beso son los dueños de la situación sobre la tierra, en tanto que allá en la altura, en el aire, se riñe un duelo encarnizado entre los gigantes zeppelines de Germania y los diminutos aviones de Francia: David contra Goliath; el arrojo personal y bravo de un piloto, sostenido por leves y frágiles alas de tela, opuesto á la disciplina homicida y férrea de una tripulación entera, arrastrada por la formidable máquina de guerra que es la enorme aeronave artillada y blindada. Lucha de epopeya y visión de quimera...: visión que hubiera causado á los Verne y á los Wells el asombro de una realidad que excede á todo ensueño; visión que hubiera aterrado á nuestros lejanos abuelos, en sospecha de que, desatadas, amenazaran al cielo todas las siniestras y diabólicas potencias del infierno, conducidas á nueva y espantable rebelión por el propio Satán...

¡Noche de zeppelines!... Noche en la cual reinan como dueños de almas y de cuerpos la ironía y el amor: una ironía que se hace más sutil y un amor que se hace más ardiente porque sobre ellos se cierne la muerte, dejando atrás, sobre los labios, una sonrisa más espiritual que las demás sonrisas y un beso más profundo que los demás besos...

ANTONIO G. DE LINARES

DIBUJOS DE RIBAS

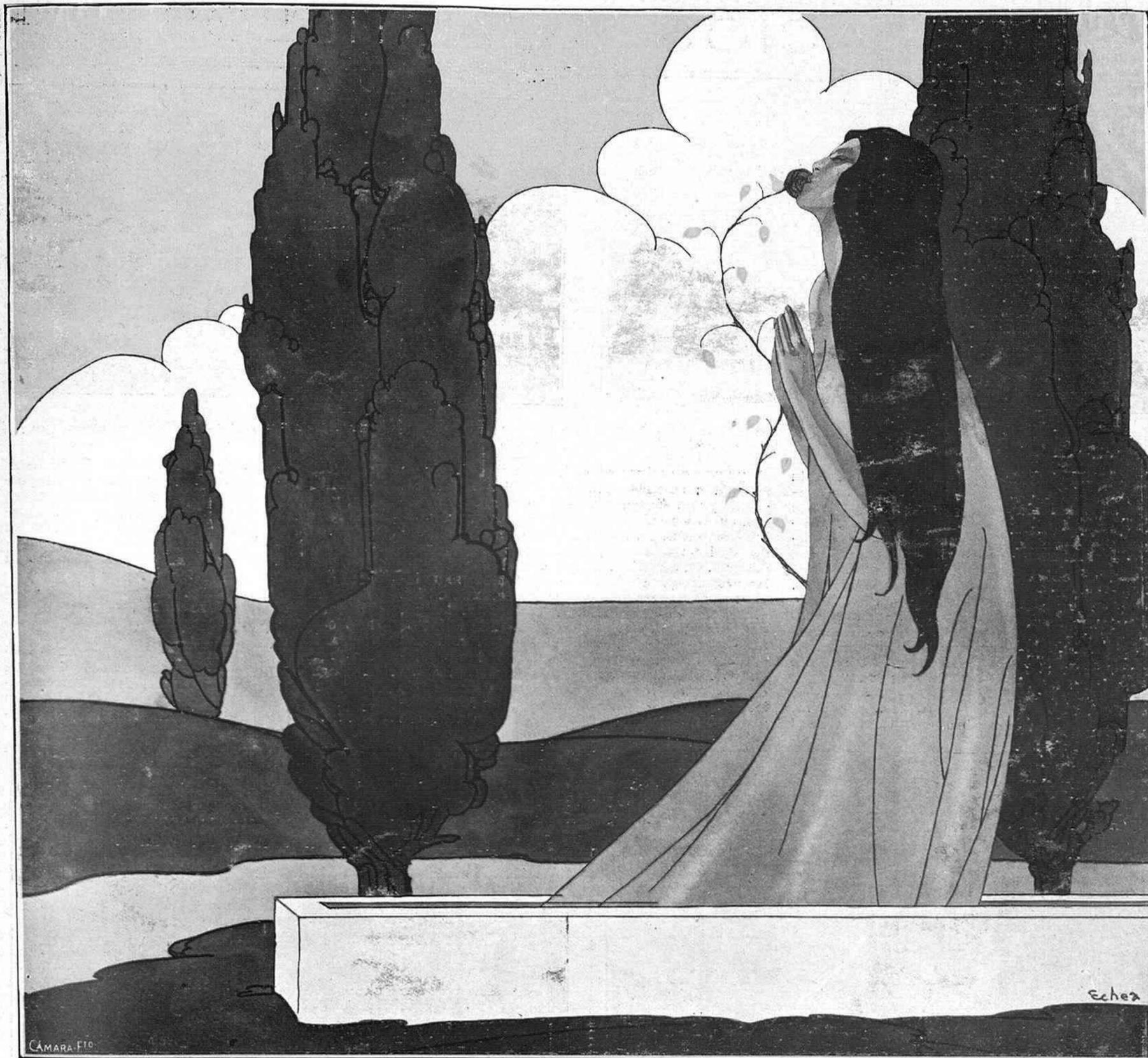
Paris, 1915.

bíamos perdido en la monotonía de una vida sin emoción. Con el vibrar de los primeros toques de alarma, con el rugir de las primeras bombas y el tronar de los primeros cañonazos, la gran villa provinciana que era Lutecia, durante estas últimas jornadas, recobró, como por ensalmo, su antigua despreocupación y su parisianismo ambiente...

¿De qué modo ocurrió tan donoso acaecimiento? De un modo muy sencillo. El bombardeo, lejos de causar terror, inspiró curiosidad; lejos de abatir los ánimos como hecatombe, los enardeció como fiesta... ¡Y es que nos aburríamos tanto!

En cambio ahora, lo mismo durante la alegre noche trágica del sábado que en las ulteriores *noches de zeppelines*, las ventanas, antes herméticas, se abren de par en par; la vecinita de enfrente aparece, de pechos sobre su balcón, en el mismo y gentil desvestido de antaño; las familias que hospedadas bajo un mismo techo permanecían ajenas unas á otras, se reúnen ya, durante cada alarma, en las escaleras y en las porterías, para cambiar impresiones y aguardar la mala ó la buena ventura reservada por el destino; y á media noche, las puertas giran sobre sus goznes y las calles se llenan de alegres trasnochadores; volvemos, pues, á los mejores tiempos de las *flâneries* sobre el boulevard y á las





RESURRECCIÓN PRIMAVERAL

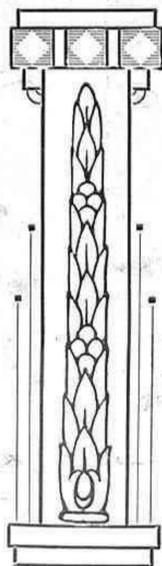
*Frágil Primavera, ve y llama á su puerta,
y si está dormida dile que despierte,
que todo á tu paso se anima y despierta
hasta el silencioso mármol de la Muerte!*

*(La estatua que anima la vieja fontana,
bajo los ramajes al sol se estremec
como si quisiera sonreír... Parece
su desnudez una desnudez humana!)*

*En la sepultura de una virgen muerta
agita una rosa su llama encendida...
(Parece una boca de amor, entreabierta,
que espera los besos que no dió en la vida!)*

*Resurrección!—claman, en los campanarios,
las maravillosas campanas pascuales...
(Son velos de bodas los blancos sudarios
y las sepulturas tálamos nupciales!)*

*La pausada oruga, que en fugaz momento,
en nardo con alas su quietud transforma,
entre los milagros del florecimiento,
canta el triunfo vivo de la Eterna Forma...*



*(Tú, mientras al clave tu tristeza exhalas,
¿no sientes un vago é inquietante anhelo
como si en los hombros te naciesen alas,
como si en tu alma penetrase el cielo?)...*

*La tarde se esfuma clara y suavemente
entre el terciopelo de un bosque de olivos,
en una dulzura de paz floreciente;
como en un paisaje de los primitivos...*

*(¡Oh, amada imposible! ¿Qué mano ligera
en las inquietudes de su amor cobarde
prenderá en las sombras de tu cabellera
la encendida y última rosa de la tarde?)...*

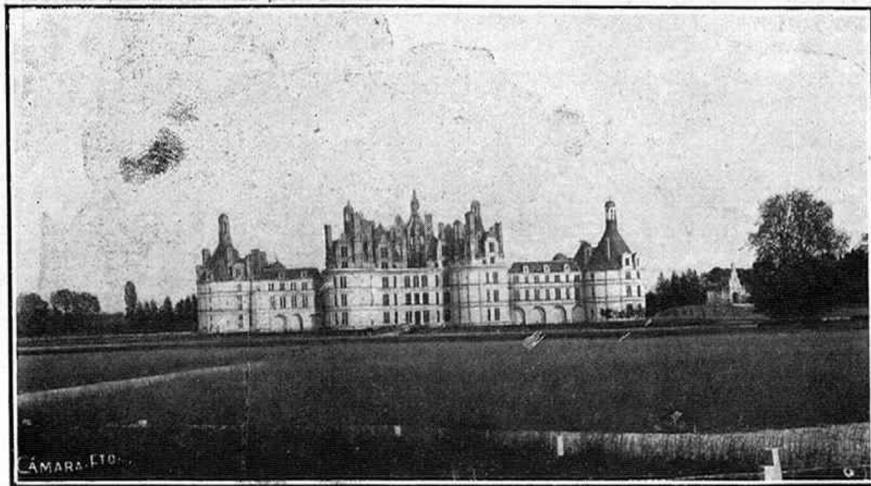
*Un rumor de cantos perfuma la calle,
y el amor del Angelus derrama un tesoro
de perlas de plata y notas de oro
sobre el cristalino silencio del valle...*

*(En tanto las sombras invaden tu estancia,
y resuena el Angelus, ¿qué labio atrevido
robando á tus rosas su viva fragancia,
sus locos amores te dirá al oído?)*

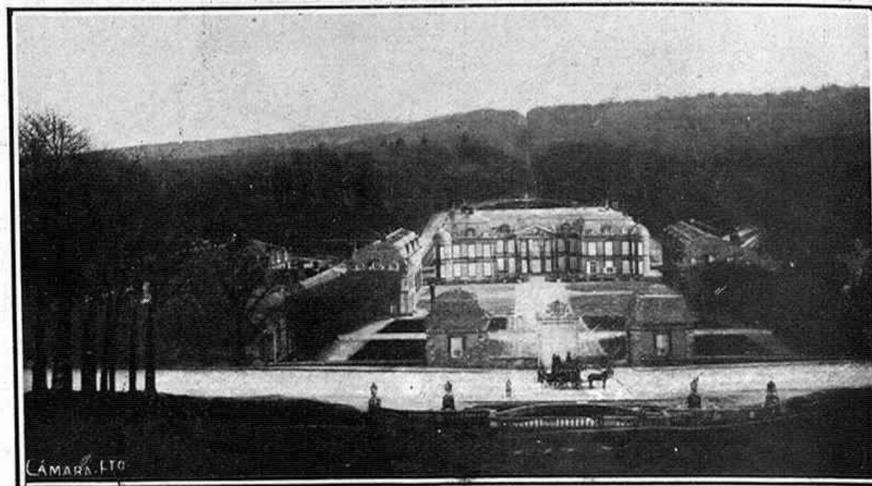
DIBUJO DE ECHEA

F. VILLAESPESA

EL ABSENTISMO DE LA ARISTOCRACIA
PALACIOS Y CASTILLOS



Palacio de Chambord



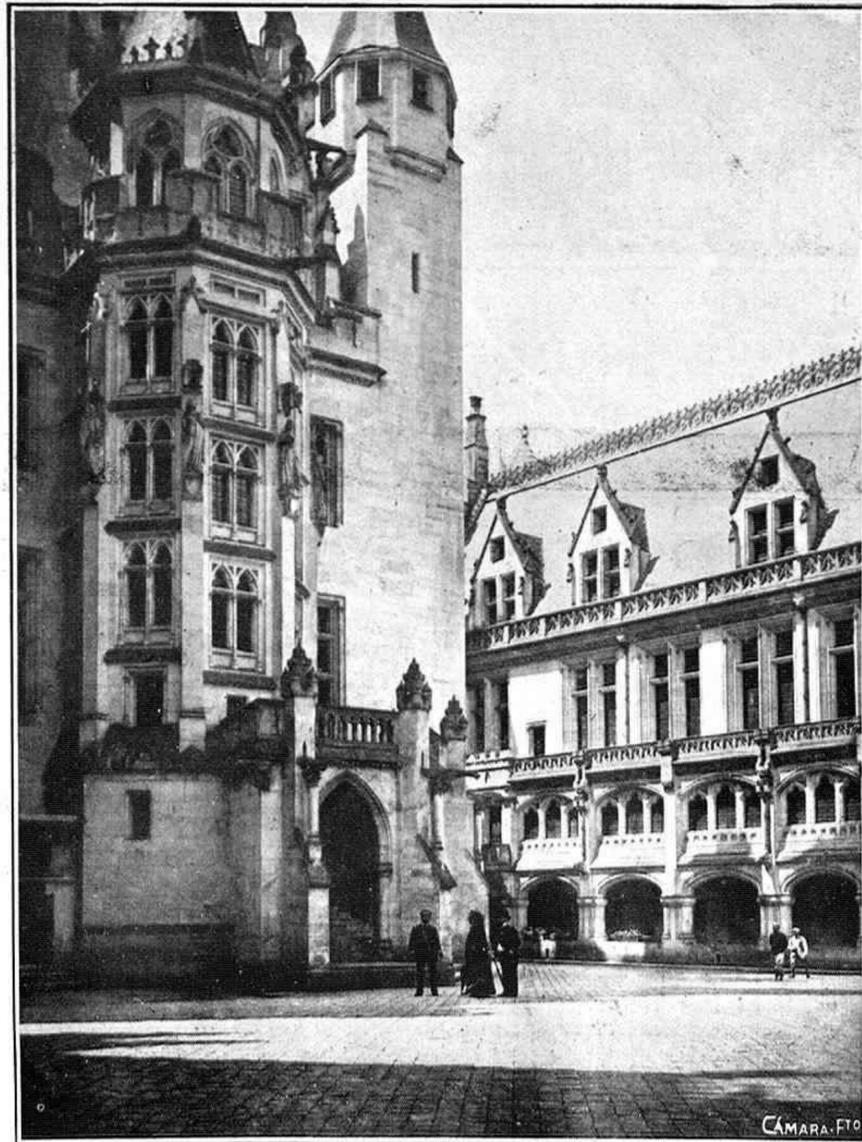
Palacio de Dampierre

En una revista de deportes encontramos esta sagaz observación: «el automóvil devolverá a los campos la gente rica que hace cuarenta ó cincuenta años emigró de ellos, atraída por el fausto y las comodidades de la capital.» Si bastara el automóvil para realizar ese milagro, sería cosa de bendecirlo, pero nos parece poco fausturgo para tan grande empresa.

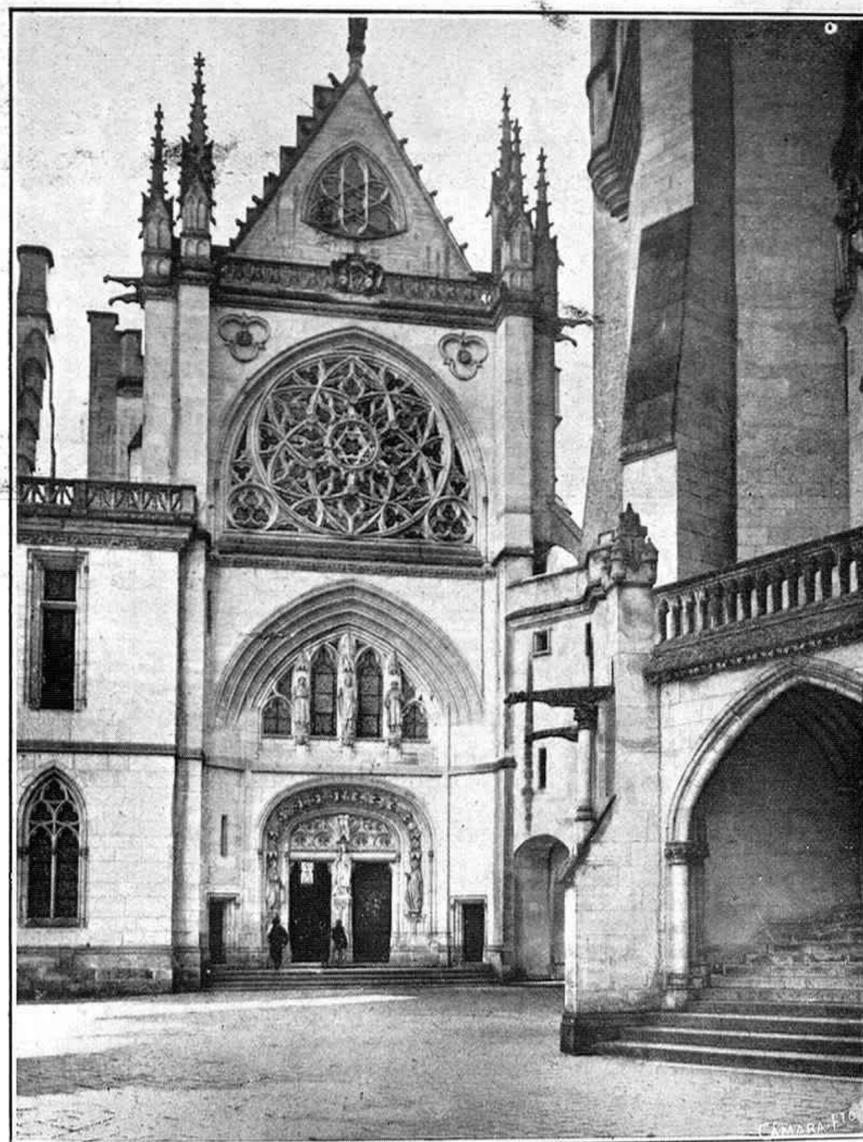
Porque la gente rica, los nobles, los señores huyeron de los campos por más hondas causas y razones más graves. Ni esta fuga á que el cronista se refiere ha sido la primera, ni será la última; ni se realizó solo en España, sino en toda Europa. Cuando los monarcas quieren abatir el feudalismo y restan privilegios y derechos á los señoríos, se da el primer caso de absentismo. Los nobles van abandonando sus castillos, don-

de ya no son oligarcas de los siervos, donde ya no tienen soldados propios que les defiendan, donde ya no disponen de la vida ajena. En Francia, en Alemania, en España se produce el mismo fenómeno. Los nobles se concentran alrededor de los monarcas y forman sus cortes. Quedan allí, en derredor, en los castillos roqueros, las grandes propiedades, cuyos frutos no se invierten ya en expediciones militares, sino en los placeres y regalos de la vida cortesana. Luego, en el transcurso de los años, estos latifundios se subdividen y fraccionan; lentamente, mientras subsisten los mayorazgos, mientras las propiedades no caen en manos dilapidadoras, á las que no bastan las rentas para pagar deudas de juego ó de amor; pero después de las revoluciones con que termina el siglo XVIII, los vínculos

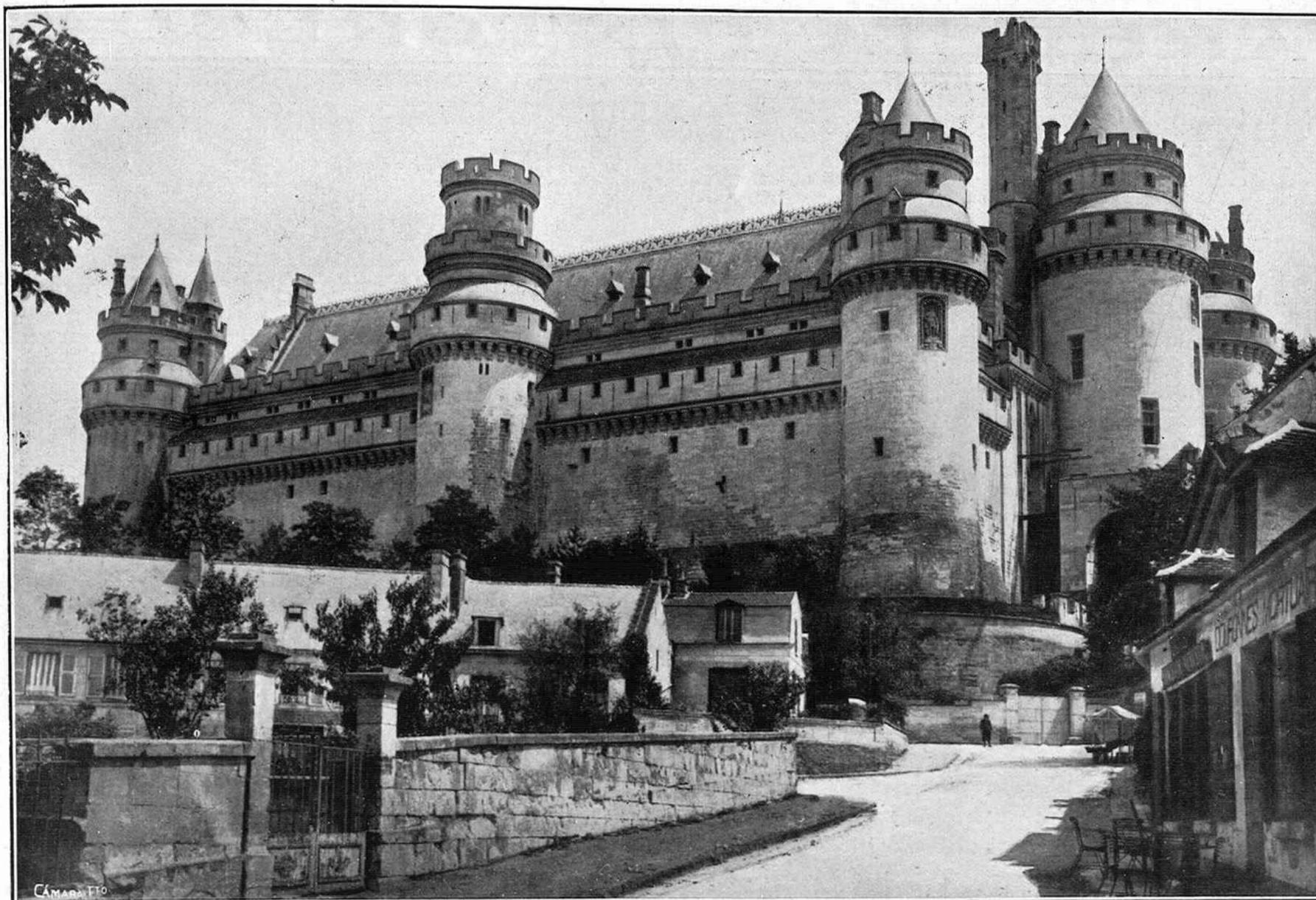
señoriales se deshacen rápidamente. Cada testamento impone parcelaciones, ventas y reparos, y en poco tiempo las tierras de los señores van pasando á manos de los plebeyos enriquecidos. Sin utilidad militar, costosísimos en su cuidado, inadaptables para las nuevas costumbres que la vida cortesana ha ido enseñando á los aristócratas, sombríos en su mayoría, y alzados en altos picachos, batidos por todos los vientos, sin tierras feraces alrededor, los castillos comienzan á ser abandonados. El pueblo que ve las almenas donde se alzaba la horca y siente retumbar el eco en sus mazmorras y subterráneos, conjura los castillos rodeándolos de las más extrañas leyendas. La superstición puebla sus salones y sus patios vacíos de almas en pena, de fantasmas y duendes, de brujos y en-



Patio de honor del Castillo de Pierrefonds



Capilla del Palacio de Pierrefonds



Vista parcial del Castillo de Pierrefonds

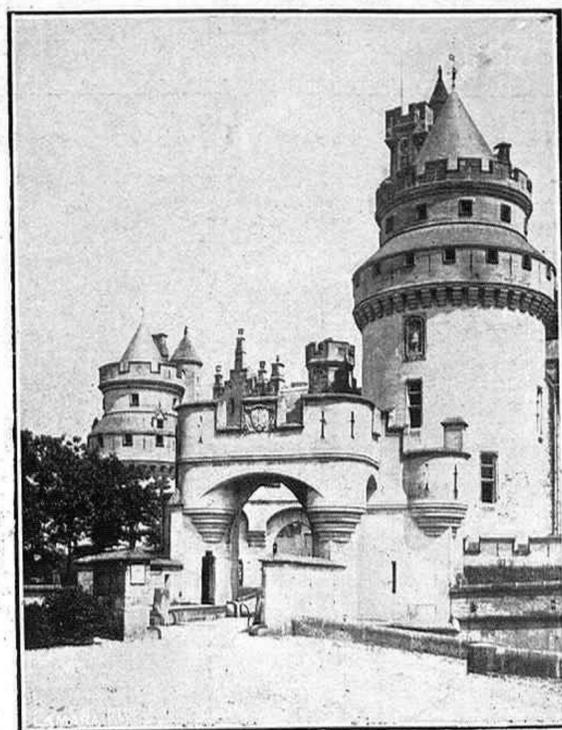
cántados. Y en toda revuelta popular, en toda guerra, la ira se desata contra los castillos y los arcabucea, los incendia ó los derriba. Así, en España, durante la invasión francesa, durante las tres guerras civiles, durante las algaradas del período revolucionario, no queda piedra sobre piedra. Muy pocos han podido reconstruirse; aún no está terminada la restauración del castillo de Almodóvar, en la provincia de Córdoba, y es ya una de las más soberbias edificaciones, cuya propiedad y disfrute puede envanecer y alegrar á un prócer artista. En el borde mismo de una alta peña, tajada á cercén, se alza la almenada mole, dominando una extensa planicie, por donde el Guadalquivir discurre entre olivos, naranjos y trigales. Por la otra parte, la abrupta peña forma un suave y lento declive, donde ante los fosos y el puente levadizo del castillo se recuesta la humilde villa de Almodóvar, toda de casitas blancas...

Un noble andaluz, modesto y artista, el marqués de San Marcial, ha reconstruído en Rota, en la provincia de Cádiz, un antiguo castillo del ducado de Osuna, alzado como fortaleza contra piratas, en la misma orilla del mar. Desde sus amplios ventanales, abiertos en muros de cuatro y de cinco metros de espesor, y desde su terraza enorme, se contempla el panorama más hermoso que puedan apeteer ojos humanos, codiciosos de belleza. Pero aparte éstos y otros casos, España ha perdido esta inmensa riqueza histórica y artística.

En Francia, la aristocracia que nace en el borde mismo de la guillotina revolucionaria y que revalida sus recién curtidos pergaminos en la corte de Napoleón y la burguesía que se enriquece rápidamente en la feracidad de aquellos campos y la vieja nobleza de Versalles que regresa de la emigración y recobra sus títulos y sus rentas, se apresuran á apoderarse de los antiguos castillos feudales y durante todo el siglo XIX, los reedifica y acomoda sus interiores á las nuevas costumbres, y donde la restauración es imposible, ó donde no hubo nunca castillo ni fortaleza, los construye de nuevo, dándoles el

aspecto suntuoso é imponente de las antiguas mansiones señoriales.

En España, algunos adinerados, han construído casas de campo que son verdaderos palacios, pero cuéntanse con los dedos de la mano los que pueden compararse con los castillos de Francia, Inglaterra y Alemania. En Cataluña, un arquitecto insigne, Puig y Cadafalch, ha traído alguna de estas torres resucitando en ellas el estilo, el sabor de los palacios españoles de los siglos XV y XVI. En Galicia hay algún pazo suntuoso y de buen gusto, pero en realidad puede



Poterna del Palacio de Pierrefonds

asegurarse que nuestra aristocracia no ha vuelto á los campos de donde huyera. La casa de labor en el cortijo, los lagares y bodegas en la viña son inhabitables, insalubres y poco seguros; nuestros vinos no llevan, como los de Burdeos, el nombre de un *chateau* en su marbete. Nuestra aristocracia no ha pasado aún de la moda del veraneo en las playas; la *villégiature*, la temporada de campo en primavera y en otoño, no se ha incorporado aún á nuestras costumbres. Ciertamente, la campiña española no es tan bella como la francesa; nos falta arbolado, buenas carreteras, líneas de ferrocarriles secundarios y vecinales. Las aldeas españolas, cuyo contacto y trato es inevitable para los que viven en el campo, no son, precisamente, jardines llenos de poesía, sino todo lo contrario: peligrosos focos de infección. Un sólo propietario, por mucho que embellezca su finca, por mucho que gaste en ella, no puede defenderse del ambiente hostil que ha de rodearle. En el campo español faltan pájaros y hay en demasía moscas, tábanos, avispas, saltamontes y demás insectos engendrados por la incomodidad y la molestia. Apenas se oye el piar de los humildes vencejos y alguna golondrina, y en cambio dan música desacordada é inaguantable las ranas, las cigarras y los grillos.

Así, si el automóvil ha de lograr que la aristocracia española vuelva al campo y construya en él castillos como el de Dampierre, como el de Pierrefonds, como el de Chambord, como tantos otros que hay en Francia, ¡bendito sea! Porque el regreso de la aristocracia al campo, dejando la corte y las ciudades provincianas para residencias de invierno, influirá en la transformación de la vida rural española, más que todos los esfuerzos de los gobiernos. Residir en el campo, es amarlo; es sentirse poseído de su belleza, de su serenidad, de su admirable sentido de la vida. Con los aristócratas, con los ricos irá al campo español todo lo que le falta: dinero, iniciativas, industrias, comodidades, árboles, pájaros, libros, caminos... ¡un poco de fe en la tierra y un poco de amor á los pájaros que de ella arrancan el sustento para todos!—MÍNIMO ESPAÑOL



ARGELIA PINTO RESCA



UNA CALLE DE KAIRUAN (TÚNEZ)

CÁMARA-FOTO

ARTISTAS EXTRANJEROS CONTEMPORÁNEOS
SEGISMUNDO DE NAGY



CAMPESINAS MATYAS.—CAMINO DE LA IGLESIA

Cuadros originales de Segismundo de Nagy



MATERNIDAD

Poco antes de estallar la guerra europea se había inaugurado en la galería Georges Petit, una exposición interesantísima. Cerca de setenta cuadros, algunos de gran tamaño, daban una sensación exacta de la luz y del alma de Hungría. El autor de estos cuadros era el pintor Segismundo de Nagy.

París, que con la supremacía estética del mundo ha conquistado el derecho a no asombrarse, tuvo, sin embargo, un halagador gesto de sorpresa. Era la luz reconquistada de los Manet, de Monet, de Pissarro, de Sisley, todo el impresionismo, pujante y luminoso, que volvía...

Y más aun. Era también un deslumbramiento semejante al que causaron los cuadros de la India expuestos por Albert Besnard en 1912.

Resultado de una larga estancia de Segismundo de Nagy en Mezo-Kovesd, todos es-

tos lienzos del ilustre artista, representan tipos, costumbres y paisajes húngaros. Los trajes pintorescos, de armonías agresivas de color, las campiñas ebrias de luz, los tipos tan característicos, de una meridional simpatía efusiva, están interpretados por de Nagy con un vigor, con una brillantez extraordinaria.

Bruscamente, la guerra estremeció a París, nubló de llanto sus ojos, oprimió sus corazones, hizo volver espaldas al arte y a la belleza para

lanzar a la admirable y generosa Francia a la barbarie universal impuesta por los hombres del Norte enfermos de militarismo.

Segismundo de Nagy se refugió en España. La España vasca, que tan pronto había de interpretar con sus pinceles nerviosos y ágiles. Primero en Bilbao; luego, en Madrid, en el Palace Hotel, celebró dos exposiciones de estos cuadros que representaban tipos de pescadores ó de campesinos, los puertos sombríos, las mujeres recias y blancas de Vasconia. Sobre todo, la segunda exposición, la celebrada en el Palace Hotel, ha sido un gran éxito de público, de venta y de crítica. Si la técnica deshecha, vibrante, esclavizadora de la luz y del color con pinceladas tan pronto cortas y secas como desdobladas en serpentina ondulaciones, sorprendía a los profanos, en cambio sugestionaba el indiscutible espíritu de veracidad que tienen los lienzos



LA NODRIZA



El ilustre pintor húngaro Segismundo de Nagy



LA DANZA

BIBLIOTECA
 MADRID

de Nagy. Como antes el alma de Hungría, ahora el alma de España se asoma en toda su integridad á los toscos hombres del Cantábrico, á las plácidas escenas de los barrios de pescadores y las sidrerías, á las carnes de las mujeres desnudas — pudorosamente vueltas de espaldas,—de nieve y de rosa sus cuerpos, de miel ó de ébano sus cabellos...

Y, sin embargo, Segismundo de Nagy, ha encontrado hace poco tiempo la verdadera orientación de su técnica y de su sensibilidad. Sus comienzos fueron bien distintos. La evocación de los nombres de aquellos artistas que encauzaron sus primeros pasos por el arte, no responden al aspecto actual de la pintura del ilustre pintor húngaro.

El autor de *El barco verde* nació en Nagy (Hungría) el 14 de Marzo de 1872. A los quince años dejó la casa paterna y entró como aprendiz en la casa de un pintor decorador de Budapest. Fueron cinco años oscuros y terribles que el artista recuerda hoy con melancólica sonrisa.

En 1892 se trasladó á París y empezó seriamente á trabajar durante algún tiempo bajo la dirección de Bouguereau, primero; de Teorier,

después. No duró mucho su estancia en París. Nuevamente en Hungría cultivó la pintura religiosa é histórica, siguiendo las indicaciones del célebre Munkacsy, el autor de *Cristo ante Pilatos*, y de Reuczur, profesor de la Real Academia de Budapest.

ran todas las bellas inspiraciones de su espíritu: el mar, los campos floridos, los cielos luminosos, los trajes multicolores, la eurtimia de una mujer desnuda que danza...

SILVIO LAGO



EL ECO

Cuadro original del ilustre pintor húngaro Segismundo de Nagy

Esta primera época de la pintura de Segismundo de Nagy termina en 1901.

A partir de esa fecha sus cuadros empiezan á adquirir un vigor, una nerviosidad, una «impaciencia humana» que antes no tenían.

Al volver á París en 1911, esa tendencia impresionista se afirma, se robustece, y ya Segismundo de Nagy es el artista capaz de acometer esa obra admirable de interpretar los tipos y costumbres de los campesinos húngaros de Mezo-Kovesd, que señala, hasta ahora, el momento culminante de su arte.

La misma sensación de exuberancia, de contagiosa alegría que dan sus cuadros, causa el artista. Es un hombre alto y robusto, pronto á la cordialidad y á la simpatía.

El mismo entusiasmo que pone en la pintura pone en las palabras.

Y cuando habla, es como si ante nosotros desfilaran



LOS NOVIOS

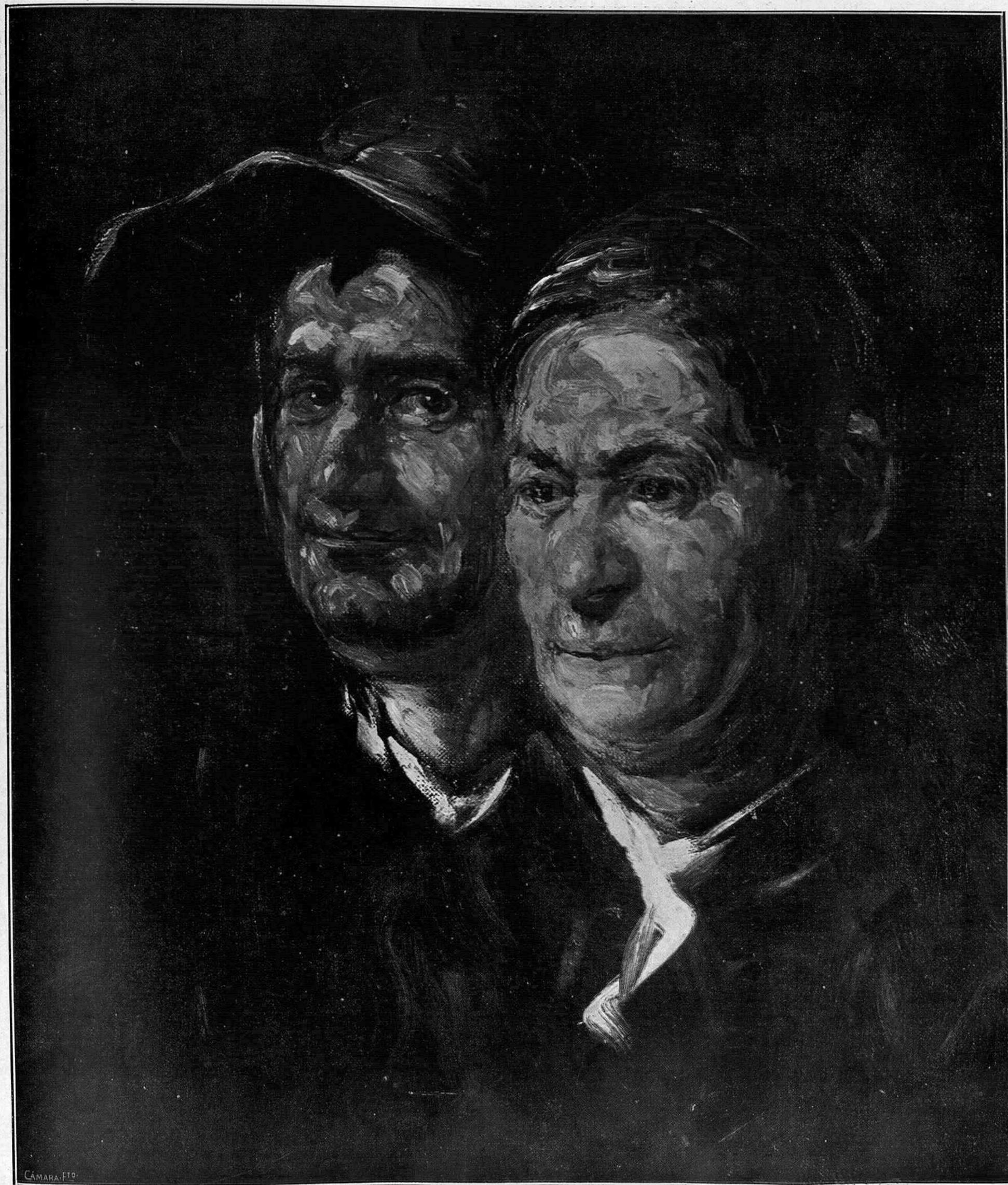


LA ESPERA

Cuadros del ilustre artista S. de Nagy

LA ESFERA

TIPOS VASCONGADOS



MATRIMONIO DE PESCADORES

Cuadro del ilustre pintor húngaro Segismundo de Nagy

ATEN
* BIBLIOT
MADRID

CÁMARA-FOTO

LA VIDA EN LAS TRINCHERAS DURANTE LOS TEMPORALES

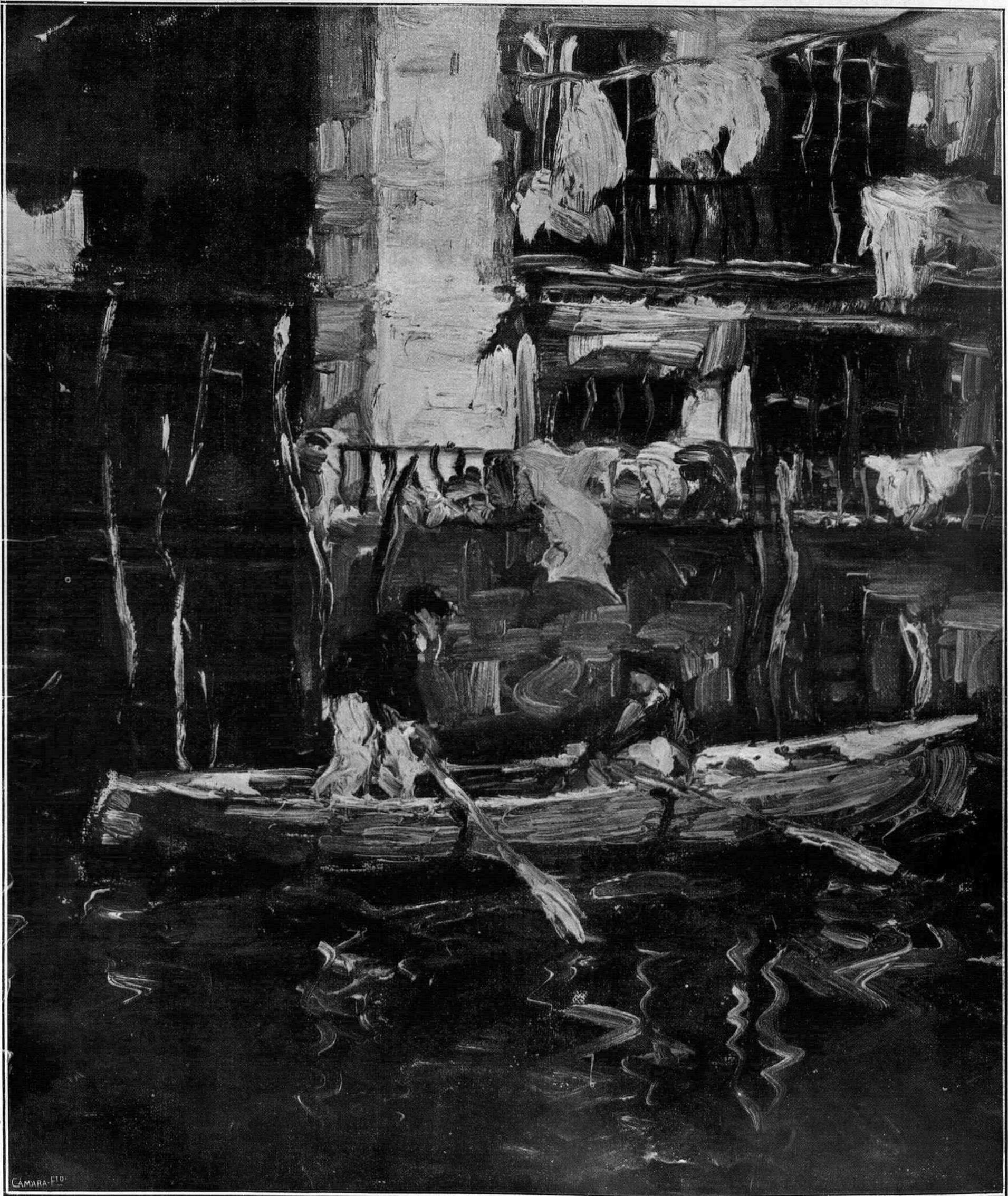


Soldados ingleses en una trinchera del Norte de Francia haciendo fuego sobre el enemigo y atajando al mismo tiempo los efectos de la inundación por efecto de los temporales

FOT. MATANIA

LA ESFERA

LA PINTURA IMPRESIONISTA



LA BARCA VERDE

Cuadro del ilustre pintor húngaro Segismundo de Nagy

CÁMARA-F10



MUJERES DE TEATRO SILUETAS DE ANTAÑO: RITA LUNA



Como los santos, los héroes y los reyes, tienen las mujeres de teatro su consagración ruidosa y llena de fausto, y cuentan, en la solemnidad de esta consagración, con la múltiple admiración y la adoración unánime de las masas, que con el incensario de los ojos vierten, alrededor de ellas, mientras dura la actuación, la ternura de los más grandes ó más perversos deseos amorosos, cubiertos con velo romántico. Cuando la actuación acaba, este sentimiento anónimo y unánime se trueca en curiosidad de lo que fué, pasando al través de las edades y es que ellas, las mujeres de teatro, las que visten sedas de reina y simulan encantos de meretriz; las que fingen altos sueños de amor y hacen amables pantomimas de pecado; las que dicen el poema fulgurante de la elocuencia ó el poema mudo de la carne; las divinas, diabólicas á veces en su fragancia voluptuosa, que pueden arrastrar un acerbo de corazones enamorados con un revuelo de sus vestidos y pueden levantar un incendio que en su piel, acostumbra á la caricia general de los ojos abrasadores del gran monstruo, no existe, gozan de vivir un instante de glorificación y de ser el centro atractivo de una multitud pasional animada de un solo ímpetu que, aun después de extinguido, deja una profunda huella que no acierta á borrar el tiempo con sus audacias destructoras; por eso ellas, las divinas mujeres de teatro, tienen, como los santos, los reyes, los obispos y los héroes, su fastuosa consagración y merecen que de cuando en vez se saque, á las que fueron de otras edades, de las penumbras del recuerdo para mostrarlas, á la presente, tal como fueron.

En este caso, ya que la actualidad viene á favorecer el propósito, figura en primer término la famosísima comediante de últimos del siglo xvii, Rita Luna.

ooo

Nació esta famosa mujer, aunque por un capricho de la suerte, en la hermosa ciudad de Málaga. Era alta, sólida, arrogante; una fuerte expresión de energía, comunicaba á sus hermosos ojos una mirada dura de dominio absoluto, que sólo se dulcificaba en el escenario, cuando la interpretación del papel lo requería. Entonces, y sólo entonces, adquiría Rita Luna una femineidad que parecía incompatible con ella misma, haciendo vibrar todo su cuerpo y haciendo languidecer sus ojos, que pasaban con una facilidad prodigiosa del espasmo de los de Salomé ante la cortada cabeza del Bautista, á la indiferencia ó al odio, según lo requería el sentimiento del personaje que representaba y con el que instintivamente llegaba, las más de las veces, á identificarse.

A juzgar por sus retratos y por las noticias que dan los escritores de la época, Rita Luna no fué guapa, poseyendo sólo una distinción natural que hacía que su figura tuviese una majestad que la hacía destacarse entre todos los que á su lado trabajaban...

Su debut como dama joven, que tuvo lugar en la primavera de 1788, en la compañía de Eusebio Ribera, no fué lo que en la mayoría de los casos es el debut para las artistas. En ello, marcó sólo la fecha en que fué necesario dejar de ser la pesada carga que para los actores son los hijos, para comenzar una manera de servir de ayuda á la familia. La que andando el tiempo había de ser famosa actriz, imbuida por la preocupación religiosa de la época, sentía un despego grandísimo hacia sus compañeros y mayor aún, tal vez, hacia su arte, que aunque nacido en la Iglesia, separado y perseguido después y en completa amnistía entonces, no era todo lo bien visto de ella, para que, sin una decidida vocación, hiciera profesión una mujer de exaltado temperamento, educado en un fervor religioso rayano en el misticismo. Ello, no obstante, había de ser, porque era necesario. La familia: el padre, segundo barba; la hermana mayor, *sobresaliente*, y ambos con exiguo *partido* y muchas exigencias en el teatro y en casa, había que buscar, necesariamente, nuevos ingresos y éstos sólo podían conseguirse con la entrada en la compañía de Rita Luna ó de otra hermana de ésta.

En tales términos, sin precisar cuál de las dos había de ser, estaba hecha la solicitud. La junta prefirió por entonces á Rita y ésta, mal que le pesase, y no sin previa consulta á su confesor, hubo de aceptar una profesión que si bien no le era simpática, le era sobrado conocida por ha-



RITA LUNA
(De un grabado de la época)

berse educado en el teatro y al lado de los más famosos comediantes de la época. En estas circunstancias, pues, dió, la más tarde portentosa comediante, los cuatro pasos que median desde los bastidores—donde sus padres la obligaban á estar para el necesario entrenamiento—al centro de la escena, en la que desde el primer momento había de triunfar, por estar dotada de unas maravillosas condiciones en las que la naturaleza lo había puesto todo, sin pedir ni un solo recurso al arte para perfeccionar aquellas prodigiosas facultades, entre las que con mayor encanto descollaban sus admirables ojos llenos de expresión y vida, una voz de exquisito metal, sonora y flexible y una intuitiva facilidad de asimilación que hacía que sus atisbos fuesen aciertos insuperables.

Desde la representación de la primer obra—la tragedia *Hipermenestra*—que hubieron de repar-



Rita Luna en "La Esclava del Negro Ponto"

tirle, logró Rita Luna hacerse notar, logrando, poco tiempo después, afianzar su personalidad artística con un ruidosísimo triunfo en la interpretación de la protagonista de *La esclava del Negroponto*.

Maestra en ardid de teatro, como hija de personas encanecidas en la profesión, estaba preparada á todas las asechanzas de que fué objeto, aprovechándose de ellas para subir con más rapidez en su carrera, consiguiendo los honores de primera dama, aunque con categoría todavía de sobresaliente, en sólo cuatro años.

A partir de este momento, comenzó para la actriz su época de mayor tortura espiritual. La mujer y la artista eran dos cosas completamente distintas y antagónicas; la primera, escasa de ilustración, pero pródiga en todos los sentimientos de su época, se superaba á sí misma, viviendo en sus sueños y en sus aspiraciones por encima de su condición; la artista, enardecida por la lucha y alentada por los triunfos, sentía el goce íntimo de ejercer su presión sobre cuantos la rodeaban. Como mujer, pretendía en sus sueños ser noble, acaso encarnar, fuera de la escena, alguna de las altísimas damas que de continuo representaba; como artista quería ser única. Aquellas luchas internas que hicieron tristes sus días é interminables y amargas sus noches, derivaron, una vez seco el corazón para el amor, en un solo sentimiento que debía presidir toda su vida de artista: la ambición; y fiel á ésta, no hubo momento ni coyuntura favorable que no fuese aprovechada para solicitar de la junta aumentos y dádivas en una forma ú en otra, llegando con asombro de sus compañeros, á percibir más de 90.000 reales cada año; cifra que si hoy no parece exagerada, para conocer si lo era en aquellos días, bastará decir que ni *La Tirana* ni ninguna llegó á percibir ni la cuarta parte.

Así las cosas, en lucha constante con unos y con otros, llegó el año 1805, en el cual, como si presintiese que ya no había de volver á la escena, regaló á los espectadores, con un número crecido de grandes comedias, veintidós títulos nada menos, mostrando, como nunca, lo incomparable de su arte y lo más exquisito y variado de su temperamento en la representación de las protagonistas en que exprimieron los más puros y delicados acentos del exquisito análisis del alma española femenina y los más intrincados y revueltos pliegues del corazón de las hijas y hermanas de los conquistadores de Italia, de Flandes, de Africa y América, aquellos grandes hombres que se llamaron Lope de Vega, Tirso, Alarcón, Rojas, Moreto, Calderón, Solís y Cañizares...

Al año siguiente, cuando Rita Luna tenía treinta y seis de edad, fueron inútiles cuantas gestiones se hicieron para hacerla volver al teatro, sin que los escritores de la época ni los que posteriormente se han ocupado de esta famosísima actriz, hayan podido precisar la causa de aquella determinación.

Así, como por sorpresa, sin más que una amenaza de retirada hecha bastantes años antes para conseguir un propósito, se separó de la escena, sin que en este acuerdo pesasen otras causas, además de las del cansancio y el despego que siempre había sentido por su arte, que la de que su carácter dominante no pudo sufrir con resignación que la junta se negase en absoluto á aceptar las nuevas condiciones que había perdido para firmar de nuevo su contrato. Si en ella figuró, como algunos afirman, el amor, no fué en el sentido que se asegura, sino en el de un amor abstracto ó *sed de amar* muy natural en la mujer que había llegado á los treinta y seis años sin realizar tan natural ensueño por haberle elevado por encima de su condición...

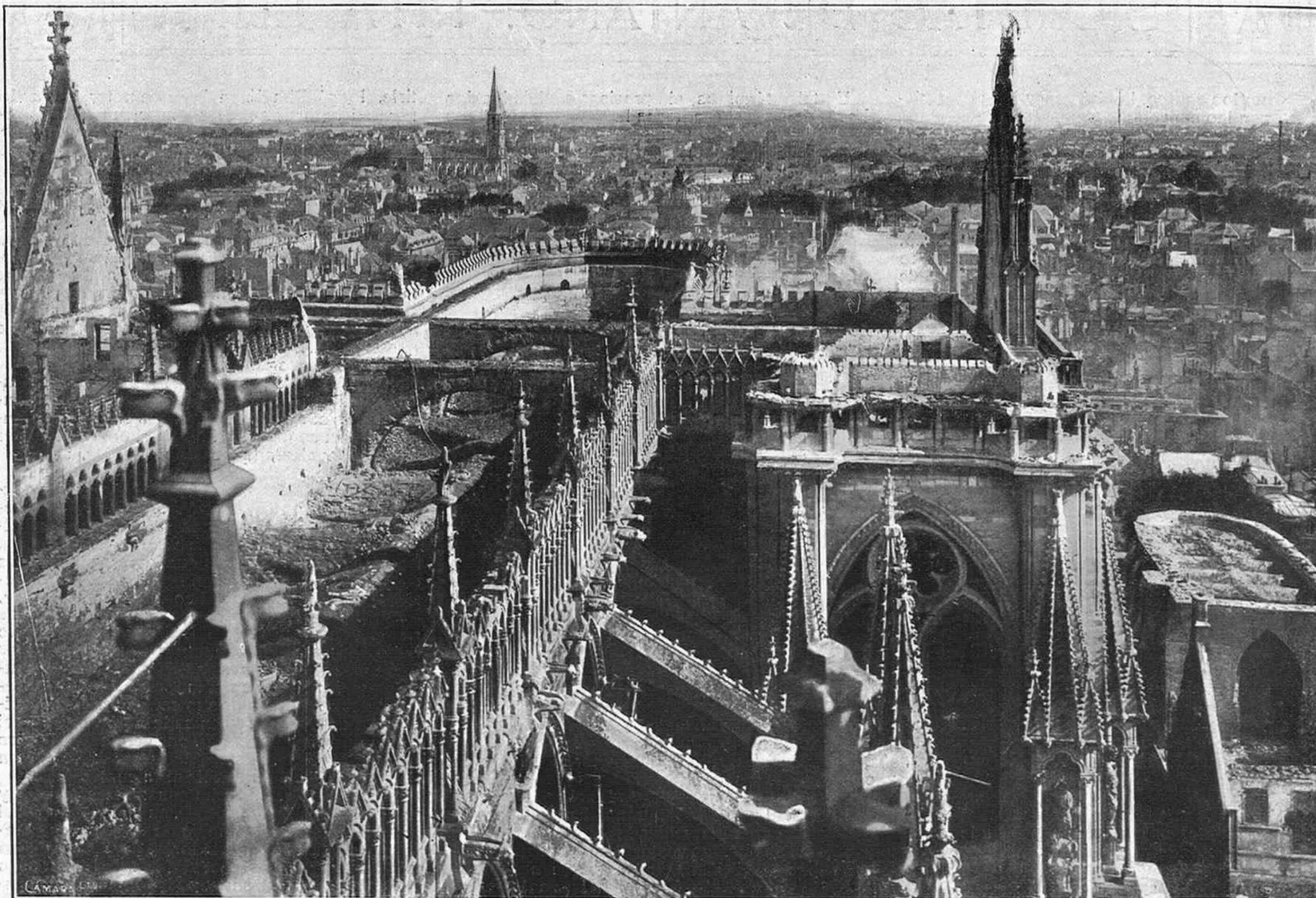
ooo

Alejada del teatro, con 8.200 reales de pensión, se retiró también de la corte, yéndose á vivir al Pardo, después de varios cambios de domicilio, entregándose á la devoción con exceso y donde murió el día 6 de Marzo de 1832. Fué sepultada en el cementerio del Sur, hoy cerrado.

ANGEL S. SALCEDO

ATENEOS
BIBLIOTECA
MADRID

REIMS, LA CIUDAD MUERTA

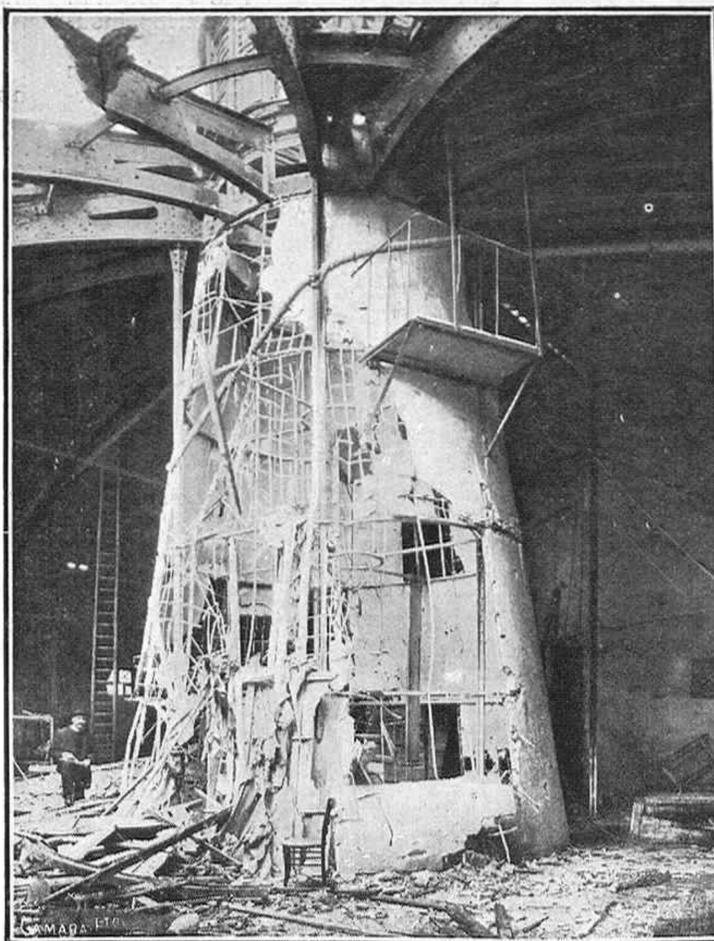


Vista general de las ruinas de la Catedral de Reims y de los edificios circundantes. Fotografía obtenida después del primer bombardeo, cuando parte de la ciudad quedaba aún en pie

REIMS, la ciudad santa, la ciudad mártir, la ciudad muerta...
 ¡Reims!... Breve nombre que abarca, como un gran símbolo, la historia toda de Francia: sus días de alborada; sus horas de tragedia; sus jornadas de gloria...

En remota evocación, la vieja ciudad nos habla de los Galos y de los Romanos, de los *Remi* que le dieron su nombre; y también nos dice cómo allá, en las lejanías del año 352, San Sixto y San Ciriaco trajeron hasta sus muros la divina palabra del Sembrador... Luego, llegó Atila... Pasó el gran destructor cercenando cabezas, arrancando corazones, sembrando ruinas... Pero atrás quedó la ciudad, si malherida, no muerta. En ella vivió San Remo; en ella recibió el bautismo Clodoveo; ella conoció los odios implacables de Fredegunda y de Brunequilda, y la cruel voluntad de Carlos Martel; en ella conversaron León III y Carlomagno, y contra ella marcharon, en vano, las huestes germánicas del Emperador Enrique el Quinto... Y, en fin, bajo las altas naves de su prodigiosa catedral, ciñeron la corona de Francia los reyes y oraron los pontífices...

¡La catedral de Reims!... ¿Quién puede olvidarla luego de haberla visto?... ¿Quién no recuerda, con infinita nostalgia de una inmensa emoción de arte, aquellas torres que soñó la fantasía visionaria de



Lo que ha quedado del escenario del Gran Teatro, de Reims

Roberto de Coucy; aquella fachada occidental, obra maestra de la arquitectura y de la escultura del siglo XIII; aquellos vitrales sobre los cuales aparecían, prodigiosos y traslúcidos, los fantasmas de monarcas y de arzobispos que en vida fueron poderosos y magnánimos, generosos y fuertes?... ¿Y aquellos lienzos pintados por Ticiano, por Tintoreto, por Mutiano, por Zuccharo, por Poussin, por Germán de Reims, por Abel Pujol; y aquellos tapices donados por Roberto de Lenoncourt, y aquellos otros del «fort roi Clovis», espléndido regalo del cardenal de Lorena; y aquel órgano construido por Oudin Hestre, maravilla que elevaba hacia el cielo la oración solemne y espléndida de sus tres mil quinientas voces, gobernadas por cincuenta registros?...

¿Quién no recuerda?... Y, sobre todo esto, sobre la antigua catedral y sobre la antigua ciudad, que eran relicarios de Francia, pasó el fuego de infierno de los obuses alemanes... ¡Y todo acabó!

De lo que fué villa y de lo fué templo sólo queda una gigante osamenta calcinada, y sobre esa osamenta sigue cayendo la lluvia de fuego, metódica, ensañada, inexorable, como si en absurdo empeño quisiera destruir no sólo el cuerpo mortal, el alma del pasado.

LAS ESCULTURAS DE LA CATEDRAL DE REIMS



La Virgen de la Visitación, prodigiosa escultura del siglo XIII que adornaba la puerta central de la fachada occidental de la Catedral de Reims, y que ha resultado milagrosamente indemne, salvándose de la destrucción casi total del templo

ATL
BIBLIOTECA
MADRID

CRÓNICA TEATRAL

GALDÓS Y "LOS CONDENADOS"

El acontecimiento culminante del año teatral ha venido en las postrimerías de la temporada, merced á iniciativa loable de Federico Oliver. El director artístico del Teatro Español ha hecho revivir en la escena el drama de Galdós *Los condenados*, entregando la obra á nueva sanción del público, al cabo de veinte años de olvido por el fallo severo de otra generación. Sólo el intento de someter el drama galdosiano á esta revisión oportunísima ha de merecer el aplauso sincero de la crítica. Unase al propósito noble, la escrupulosidad, el cariño y el desinterés con que Federico Oliver ha dado á la representación de *Los condenados* carácter de estreno. Es una ocasión ofrecida al público de descargar su conciencia, si hubo error en el juicio adverso, con que acogió la obra veinte años há y, en todo caso, es un homenaje dedicado al nombre glorioso de su autor. Galdós, que en sus comedias ha recogido los problemas humanos sembrando ideas, fermentando sentimientos como tribuno y apóstol, no merecía el trato de los escritores dramáticos, cuyas obras son de puro pasatiempo, aunque muchas veces, de inconsciente y morbosa ejemplaridad. Tal el moderno melodrama policíaco ó la comedia ñoña que aleja del espectador la idea y la fibra para exaltarle lo externo y lo accesorio.

En *Los condenados*, se traza la vida de un ser complejo, impelido á las más torpes aventuras por una fatalidad cruel que vive dentro de su misma alma. El drama de José León es el castigo de su falta de sinceridad, de su cobardía moral para afrontar sus culpas, cuando no fueron sino lances de libertino de menor cuantía, y, encadenado á la mentira, rueda de abismo en abismo alejándose fatalmente de la normalidad, en una vorágine de crímenes. «Por delirio de amor propio, dió muerte al insolente Alonso Barbués; por venganza de una felonía, al Manco de Tauste; por desesperación y ardiente fiebre de vivir, á un francés de Lázim, que traficaba en metales preciosos... Gravísimos daños causó por malicia ó despecho, en la propiedad, incendiando las casas de los hermanos Paternoy, talando la huerta de Larráz, ó entrando á saco



en varias cabañas en el puerto de Aragüés...» He aquí su confesión tardía. José León, miedoso de la verdad y prisionero de su destino trágico, mata, roba é incendia, tanto por prevención como por venganza y hasta por locura, porque la mentira, que es su consejera y su amparadora, es también el velo que oculta todo á su vista y le hace creerse un dios que crea y destru-

ye, suprema fuerza y suprema justicia. Da con el amor y no se despoja de su secreto que habría de redimirle en el olvido ó en el arrepentimiento; da con la generosidad, con la grandeza moral del místico Paternoy y no se confía á su juicio, ni siquiera á cambio de la protección que aquel le brinda; halla en su camino tortuoso la clemencia, la caridad de Santamona, dechado de pureza espiritual, y se encierra en su propio corazón cuando tan dulce égida se le ofrece... José León que no ha sabido ser sincero, no reconoce en nadie la sinceridad. Piensa que todos los humanos, quien más, quien menos, llevan en el alma un poco de la divina esencia que Dios, al hacer el hombre, quiso poner en él; que nos impele hacia lo que creemos fuente y origen de todo bien, que nos señala el camino de nuestra salvación, y quiere redimirse por su esfuerzo. Pero, en vez de lograrlo, arrastra en su vesania á la mujer querida, al hombre bueno que le ha ofrecido su sacrificio y su ayuda por puro impulso de hacer bien. Y, cuando José León, pierde la fe en sí mismo, porque ha perdido la mujer que, en su sentir, le habría encauzado, se entrega á la expiación. Y ya la verdad, que obstinadamente rehuyó en la vida, sólo podrá encontrarla más allá de la muerte...

En torno de este hombre extraño, presenta Galdós las admirables creaciones de Santiago Paternoy y Santamona, más transparente ésta que aquélla; la de Primitivo Barbués, genuína representación de la indiferencia humana ante la tragedia de las almas perdidas, y de Salomé, amante desgraciada de José León, que creyó en la regeneración del perverso hasta que dudó del amor.

La tensión del drama, como ha sido siempre la de Galdós, es rectilínea y llana, sin concesiones al artificio, y aun se advierte en *Los condenados*, mayor sobriedad que en otras obras del autor de *Electra*. Quizá por ello, el público de 1894, avezado al efectismo de los dramas románticos, no gustó de *Los condenados* donde hay más vida que teatro y tanto espíritu como pasión.

EL DIABLO VERDE



UNA ESCENA DE "LOS CONDENADOS"



CARMEN COBEÑA Y ELISA MÉNDEZ EN UNA ESCENA DE "LOS CONDENADOS", COMEDIA DEL INSIGNE D. BENITO PÉREZ GALDÓS, REESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL CON ÉXITO EXTRAORDINARIO

FOT. ALFONSO

ATEN
BIBLIOTECA
MADRID

COSAS DE ANTAÑO
LA CARTA OLVIDADA



CONTRASTES tiene la vida, tan extraños, que á fé que los más dellos no parecen en sí otra cosa que capítulos para novelas y comedias siendo cierta la misma realidad.

Los hay de todos colores y estilos: sublimes, que dijéranse pasajes de tragedia bárbara; bufos, como escenas de comedia ridícula, y apacibles y sencillos, como égloga de Frey Luis.

Traigo á cuento este breve exordio al aquel de cierta dolidá historia acontecida á un notable ingenio que hoy, luego de muerto, tiene propio y bien ganado lugar, allí donde moran los justos que fueron insignes y dieron gloria y esplendor á su patria y á su época.

Vedlo aquí fratado tal y como hasta mí llega noticia de que aconteciera.

I

El Teatro Español estaba por el entonces en un momento crítico y difícil, que más dijérase que iba hacia un insondable precipicio que hacia la cumbre espléndida que subió después.

No más de comedias del capellán poeta Frey Lope Félix de Vega Carpio, veíanse en todos los corrales de España, y ellas solas bastaban á satisfacer las aficiones del vulgo.

Anuncióse un día comedia nueva en el Corral del Príncipe y llenáronse patio, aposentos y cazuela, pues corrióse la voz de que el nuevo ingenio trafa muy gentiles provisiones en la fresca despensa de su magín.

La comedia sacó de quicio entusiasmos y pasiones; el nombre del poeta fué aclamado y citado con veneración ese nombre que hasta entonces era ignorado en los imperios del teatro.

Todos los *autores* que en la Pascua de Resurrección formaban compañías para divulgar por todas las provincias del Reino el ingenio cortesano no ultimaban su negocio sin contar con nuevos chispazos de su merced. La vida fué tan amable de allí adelante como hasta su triunfo habíasele mostrado esquiva y cruel.

Uno de aquellos magníficos próceres que merced á su munificencia con los hijos privilegiados de Apolo pasaron á las doradas páginas de la Historia tendióle la mano y túvole muchos años por secretario y *poeta de cámara*.

Casó con dama linajuda y bella y fué durante los primeros años de matrimonio el mismo imán de la esquiva y voluntariosa fortuna.

Tan fecundo como fué para Apolo, fué para la vida, pues casi de año en año aumentábasele la prole, y según el bienestar de que disfrutaba dijérase que era de los felices mortales en quienes hacíase verdad el proverbio de que cada hijo trae un pan debajo del brazo.

Toda su ilusión—pues esperaba que fuese el continuador de su gloria en los floridos campos de las letras—teníala puesta en el primogénito, y diz que hasta que el tal cumplió los diez años así podía esperarlo, porque el rapaz daba ciertas señales de ser muy despierto y agudo; pero de allí en adelante mostró un natural tan distinto que el angelico no hizo más de presagiar disgustos y sinsabores.

Por si ello era poco, pues ya parecía razón de que la voluble suerte mostrárase tornadiza, comenzaron la envidia y la murmuración á morder su limpia y, hasta entonces, indiscutible fama, y no faltaron hablillas en los mentideros de la Corte que pusieran en duda el origen de sus obras.

Con estos y otros infortunios iban resquebrajándose lastimosamente el sosiego y las comodidades que una larga vida de honradez y de trabajo había dado aquel hogar.

Las enfermedades dieron su dentellada y aun la Muerte traspasó, más de una vez, los umbrales de la mansión del poeta.

Del zaguán afuera—para la gente ajena al oficio—continuaba su merced teniendo la misma aureola de felicidad que cuando la suerte dió en constituirse su esclava.

Pero llegó al fin un día en que los desmanes y tahurerías del primogénito aquel de quien tanto esperara llegasen á tal punto, que vinieron enteramente al suelo—aunque la catástrofe no repercutiera fuera del hogar castigado—el prestigio y buen nombre del insigne. Era preciso satisfacer en plazo breve unas letras vencidas.

No había que pensar en libreros, ni autores de

compañía que pudiesen desvanecer aquella nube; entre todos los de España no darían para reunir la mitad de la suma á que ascendía la deuda...

II

Aun en academias y estrados de la grandeza era recibido y agasajado su merced como consintiera el recio impulso de su fama y á ellos asistía por enjugarse, en lo posible, las apretadas amarguras del vivir, las cuales eran aumentadas con la nieve de los años.

La casa de aquel prócer en que su mocedad le amparase, tenía enteramente abierta, y los hijos del magnífico señor más tratábanle como deudo que como amigo; pero así y todo nunca el señor don Juan—que aún no se me había acordado decir el nombre del insigne—atrevióse á hablar de su vida truncada.

Pensábase que no tenía derecho más que á mostrarles franca y devota gratitud.

Pero llegó aquel día del apremio y no pudo continuar haciendo la farsa de su felicidad.

Pensó que nadie como los hijos de su protector podrían librarle del desastre; pero siempre que iba á decir su cuita ahogábanse las razones antes de ser palabras. En esta lucha que libraba entre la conciencia y la necesidad, doña Isabel, que era la ramita en flor del linajado tronco, llegósele muy risueña y hablóle así:

—Señor don Juan. Sabe vuesamerced que hablábamos esta tarde de los libros que lleva compuestos, y haciendo mi padre relación de los títulos de todos, hallóse con que el primero, *Juegos de ingenio y amor*, no está en nuestra librería, y yo he dicho que esto sí que no puede ser y he dado palabra formal de que le traerá vuesamerced mañana.

Prometiólo así, cortesmente, el viejo trovero y... pensando que aquello había sido mordaza que no le dejaba dar razón de su angustia, porque al tiempo de querer descubrilla fué cuando le atajó doña Isabelita con su pretensión, esperóse á rezar el rosario con la familia, como tenía por devota costumbre, y fuése.

III

Tantos años eran transcurridos desde que las famosas prensas de Juan de la Cuesta echaran al mundo aquel libro, que no más de un ejemplar tenía el poeta. Preparóse á enviarlo á casa de los duques y pensó que él fuera portador de su desventura. Quiso darle al caso todas las apariencias de un indiscreto olvido.

Hacia la mitad del libro puso medio pliego escrito como final de una carta á un amigo.

Decía así:

«... en fin, querido Pedro, la situación ha llegado á tan lastimoso y apurado extremo, que no

hay medio de retenerla. La miseria comienza á roerme los zancajos y se necesita de toda mi fe y toda mi entereza para mirarla cara á cara sin renegar de la vida. A tí atrévome á decir esto, que á nadie más, porque sé que la desgracia te zahiere y ofende con tanta crueldad como á mí y no puedo esperar tu socorro...»

Pensaba que, caer el medio pliego en manos de los Duques y ser delicadamente solucionado por ellos el angustioso problema, habría de ser obra de un momento.

ooo

La recepción del libro fué una fiesta, no ya solamente para doña Isabelita sino para toda la casa, deudos y amigos.

—Qué curioso—decían, leyendo la media carta.—¡Con qué poca tierra florecen los ingenios de nuestro Parnaso! ¿Quién pudiera decirle á este hombre, cuando escribiera estas letras, habrá más de treinta años, que llegara un tiempo que fuera uno de los varones más ilustres de su época? Es notable, pero no hay que decirle que habemos hallado tan preciado documento de su vida anterior. Podría molestarse, porque siempre estas cosas, cuando se llega á su altura, se recuerdan con cierta vergüenza. Si entonces hubiera sabido el abuelo esta penuria...

DIBUJOS DE ECHEA

DIEGO SAN JOSÉ



CÁMARA-FLO

BIBLIOTECA MADRILEÑA

Echea

DE NORTE A SUR

Un perro condecorado

En la iconografía napoleónica, se encuentra muchas veces reproducido un episodio, que arranca lágrimas de emoción a los seres simples, capaces de emocionarse con esas cosas. Es el episodio del centinela que se quedó dormido y a quien el propio Napoleón Bonaparte sustituye en el puesto de vigilancia. Al despertar el centinela y al ver la silueta menuda y gordinflona del levitón gris y el tricorno negro, exclama aterrado: «*C'est l'Empereur*».

En esta guerra no ha sucedido eso.

Ni el Kaiser, ni el Zar, y mucho menos Jorge V, ó el señor Poincaré, han sustituido a ningún centinela dormido de sus ejércitos respectivos. La vida cambia y los hombres con ella.

Esta vez ha sido un perro el que sustituyó al centinela. Un perro alemán que avisó con sus ladridos de un ataque inglés inesperado. Por este heroico comportamiento se le ha condecorado. Napoleón se limitó a coger el fusil abandonado y a permanecer inmóvil y silencioso. Esto bastó para inspirar numerosos cuadros, dibujos y poesías. El perro alemán se ha limitado a ladrar y ha ganado el derecho a ser retratado con una cruz en el collar. Como veís resulta relativamente fácil alcanzar cumbres de heroísmo. Basta obedecer al instinto, con lo cual los hombres del siglo XX retroceden a la barbarie de la época de las cavernas, y los perros no necesitan demostrar que han recibido una educación superior.

A otros perros que figuran como aliados del hombre en la guerra se les exige más. Este afortunado mortal ha hecho lo que haría el más inofensivo y tembloroso perrito chino de una solterona: lanzar unos ladridos de alarma al sentir pasos extraños.

Con ello adquiere el derecho de mirar por encima del lomo a otros más bellos, ó de más pura raza que él, condecorados con pacíficas medallas de exposiciones caninas.

Sin embargo, tal vez ni siquiera le conceda otra importancia a esa cruz que la de una molestia y cosquilleo desagradable sobre el cuello. Los perros no se envanecen con esas cosas como muchos hombres. Si le hubiesen dado a escoger entre la cruz y una buena salchicha de Frankfurt, hubiera elegido la salchicha.

Lo malo es que si sobran cruces de hierro, escasean cada vez más las salchichas...

Ardides de la guerra

¿Sabe alguien cómo es el mortero de 42? Yo creo que no lo sabe nadie.

En cierta ocasión sorprendieron la buena fe de importantísimas revistas con unas fotografías que decían eran del mortero de 42, pero luego resultó una broma, ó una fanfarronada tudesca, pues aquellas fotografías procedían de una agencia alemana.



El primer perro condecorado por los alemanes en la actual campaña

He aquí ahora otra reproducción del mortero de 42. Con un carro, un tonel y unos tablonces, se improvisa el mortero. Claro que de cerca nadie se deja engañar; esto se hace para engañar a los aviadores franceses ó ingleses.

Para mayores apariencias de verosimilitud se coloca un centinela alemán junto al falso mortero de 42. De este modo los aviadores franceses ó ingleses caen más fácilmente en el engaño. Lo malo es que se les ocurra disparar una bomba sobre el mortero de 42 y maten al centinela.

Claro que muere un hombre; pero en cambio ¡buen chasco el de los aviadores!

Esto me recuerda una regocijadísima caricatura de Abel Faivre. Van a guillotinar a un individuo y en el momento de colocar la cabeza bajo la cuchilla, suelta una carcajada.

—¿De qué se ríe usted, estúpido?—pregunta el verdugo.

—De la plancha que se va usted a tirar—contesta el condenado a muerte,—porque yo soy inocente...

Así dirá el centinela alemán:

—A mí me mataréis; pero habéis confundido un tonel con un mortero de 42...



Un mortero de 42 para engañar a los aviadores franceses

El primer salón de París

Desviemos un poco la mirada de los campos de batalla. La actualidad puede ser también retrospectiva y más emocionado encanto tiene, á veces, la evocación de siglos pretéritos que la contemplación de los momentos contemporáneos. Sobre todo ahora, cuando Europa es una hoguera que no sabemos si será como la simbólica del Ave Fénix.

¿Tendrá París Salón de Bellas Artes esta primavera? Tal vez no. Es más decisivo y más serio el conflicto que, en 1870, sirvió para la revelación de Alfredo de Neuville. Probablemente París no tendrá Salón de Primavera y si lo tiene será una prolongación de las planas centrales de Scott y Sabatier en *L'Illustration* ó de Matania en *The Sphere* y *The Illustration London News*.

Hace doscientos cuarenta y ocho años, en 1667, se celebró la primera Exposición de Bellas Artes en París y, luego, bajo el reinado de Luis XV, se reunieron por primera vez en el *Salon Carré*—y de aquí la denominación de esas exposiciones—del Palacio del Louvre, varios cuadros y esculturas, patrocinados los envíos por el Estado.

A Colbert, el ministro de Luis XIV, se debió esta iniciativa. Per consejo suyo el Rey Sol se dirigió, en Diciembre de 1665, á la Academia de Bellas Artes, creada por Mazarino, indicándole la conveniencia de exponer anualmente sus trabajos. Los académicos acordaron celebrar esas exposiciones cada dos años, y el día 9 de Abril de 1667, se inauguró la primera, cerrándose el 25 del mismo mes.

Fué, naturalmente, una exaltación más de



LUIS XIV
Retrato de Rigaud, que se conserva en el Museo del Prado

Luis XIV. Casi todos los artistas expusieron en cuadros y estatuas la figura del Rey Sol ó episodios relacionados con su vida estupefaciente. Allí los retratos de Rigaud, de Juan Bauc, las apoteosis aduladoras de Carlos Lebrun, la estatua ecuestre de Girardon—que luego había de colocarse en la Plaza Vendôme y había de ser destruída por la Revolución—los bustos en mármol de Coyrevoix y Nauteuil...

No obstante, si no por aquella adoración aduladora que envanecía hasta un punto inconcebible al buen Luis XIV, sería indisculpable la gratitud de los artistas hacia un rey que les protegía. Más admirable nos parece esa actitud del monarca que la de otros. Y aludo precisamente á Luis XV, que ciento diez años después, en 1777, ordenó á la comisión organizadora de los salones que no admitiera tanto «cuadro licencioso».

«Cuadro licencioso» llamaba el amante de la Pompadour y de otras señoras, á los desnudos admirables de Boucher y de sus imitadores.

Diríase que el alma de Luis XV—claro que sólo en lo referente á esta hipocresía—ha reencarnado en la de ciertos individuos que escriben cartas anónimas y un poco vergonzosas cada vez que lo más bello de todas las bellezas, el desnudo femenino, se asoma en cuadros y esculturas inmortales á las páginas de las grandes revistas ilustradas...

Un divorcio

El barón von Flotow, embajador alemán en Roma, está casado en segundas nupcias con la princesa rusa María Alejandrowna Sciakhowsky.

La princesa Sciakhowsky era viuda de un héroe ruso, el general Keller, muerto en Sanzelin, cuando la guerra ruso-japonesa.

¿Comprendéis el conflicto pasional que surgió apenas Alemania y Rusia rompieron las hostilidades? Es el mismo que late, ensordecido por las conveniencias sociales, igual en palacios nobiliarios que en casas burguesas.

Pero la princesa Sciakhowsky no ha querido guardar esas conveniencias mucho tiempo. Su alma eslava se ha sublevado. El recuerdo heroico del primer marido la llamó hacia su verdadera patria. Refugiada en sus posesiones de Jambow ha solicitado el divorcio y el derecho á usar nuevamente el apellido de su primer esposo.

El barón von Flotow no se ha opuesto á esa determinación. Acatará el fallo de los tribunales y habrá fracasado en la más pequeña de las diplomacias: la de sostener la paz en su propio hogar, donde se dispone de medios más convincentes que los de simples notas cancillerescas ó ceremoniosas conferencias internacionales...

José FRANCÉS

LA ROMERÍA DE LAS MODISTAS, EN NIZA



Llegada de una procesión de penitentes al Monasterio de Cimiés



Los puestos de calabazas adornadas, en las fiestas de Cimiés

Es una interesante fiesta esa curiosa romería que con el nombre de «Festín de las cogurditas», se celebra anualmente en la espléndida *Costa Azul*. Vieja tradición nizarda, nacida al calor benéfico de las creencias, puso en la pintoresca Cimiés, junto a los muros de un monasterio benedictino, cuya fundación hacen remontar algunos al siglo IX, y a los restos informes de un anfiteatro romano, el lugar de peregrinación anual de las bellas muchachas de Niza y de sus piadosas mujeres del pueblo. Ello ocurre hacia el final del verano, coincidiendo con la primera salida al mercado del fruto de la calabacera, una de cuyas variedades servía al peregrino, desde luengas edades, de rudimentaria vasija en que depositar el agua cristalina del manantial, saciadora de su sed en las jornadas interminables a Compostela y los Santos Lugares.

Estas feria y romería, de remoto origen, habían caído en desuso, como



Penitentes de una hermandad de Niza, en la romería

otras tantas bellas prácticas de raigambre religiosa, cuya extirpación ha procurado sistemáticamente en Francia una funesta serie de gobiernos jacobinos. Restaurada por el periódico *L'Eclair* de Niza, verificase con extraordinaria animación, prestándole el hermoso escenario natural de Cimiés, sobre un fondo de imponderable belleza, mágicos tonos de luz y de armonía. Las modistillas de Niza son asiduas con corrientes a la romería. *L'Eclair* las obsequia con vistosos recuerdos de la fiesta y apetitosas golosinas, que ellas devoran con sus dientecillos blancos y menudos entre risotadas de juventud. Es el día de las deliciosas *midinettes* de Niza, en cuyos azules ojos parece reflejarse toda la luminosidad divina de las aguas mediterráneas. Y ellas gozan las encantadas horas de libertad, ritmando en danzas de una intensa poesía arcaica, las viejas rondas, mientras ascienden al cielo las místicas plegarias de los peregrinos.



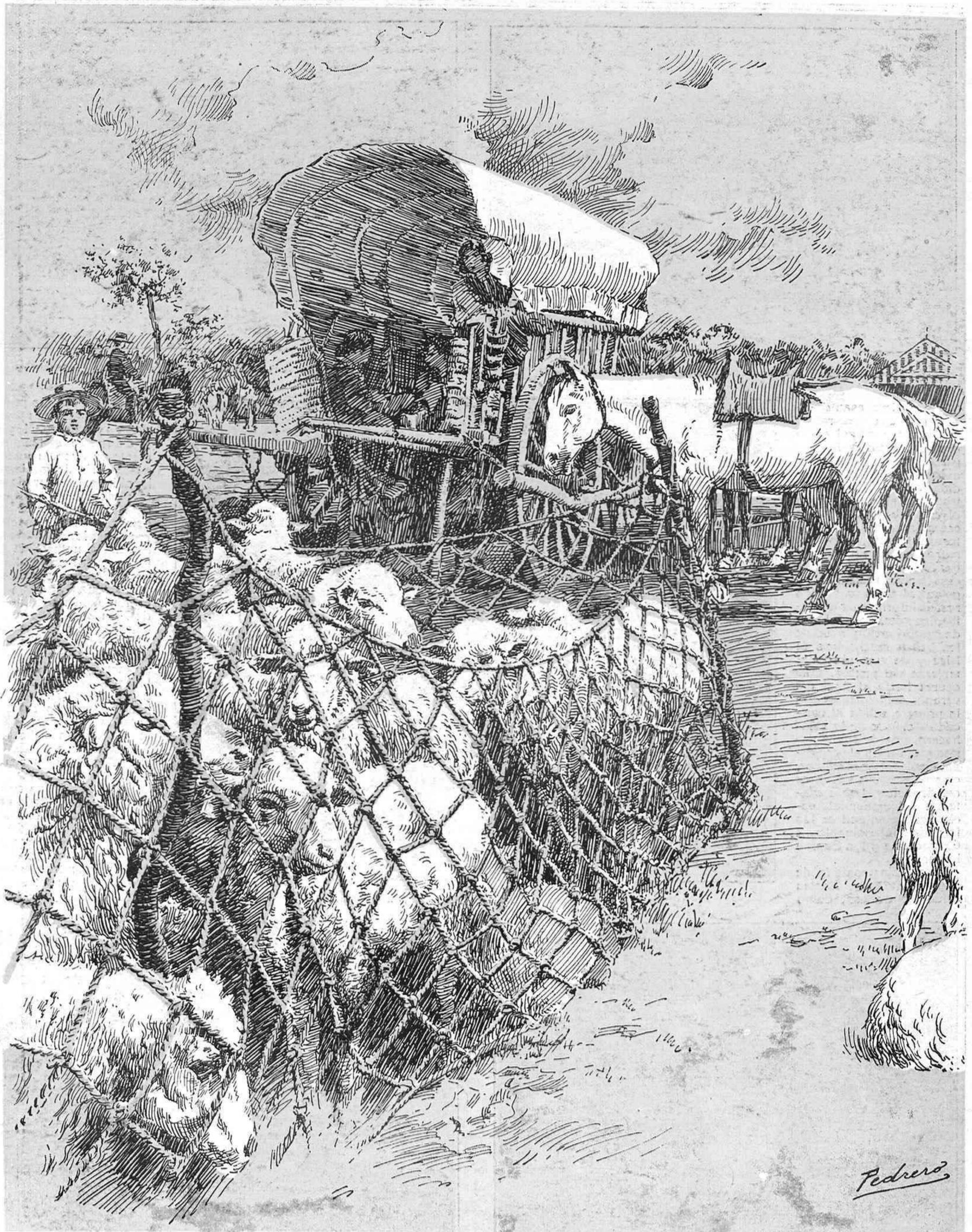
Dos modistas de Niza, de regreso de la romería



Una penitente bebiendo el agua milagrosa del Monasterio de Cimiés

ATENA
BIBLIOTECA
MADRID

DE LA FERIA DE SEVILLA



UN RINCÓN DEL MERCADO DE GANADOS

DIBUJO DE PEDRERO

EL REY EN LA JURA DE LA BANDERA

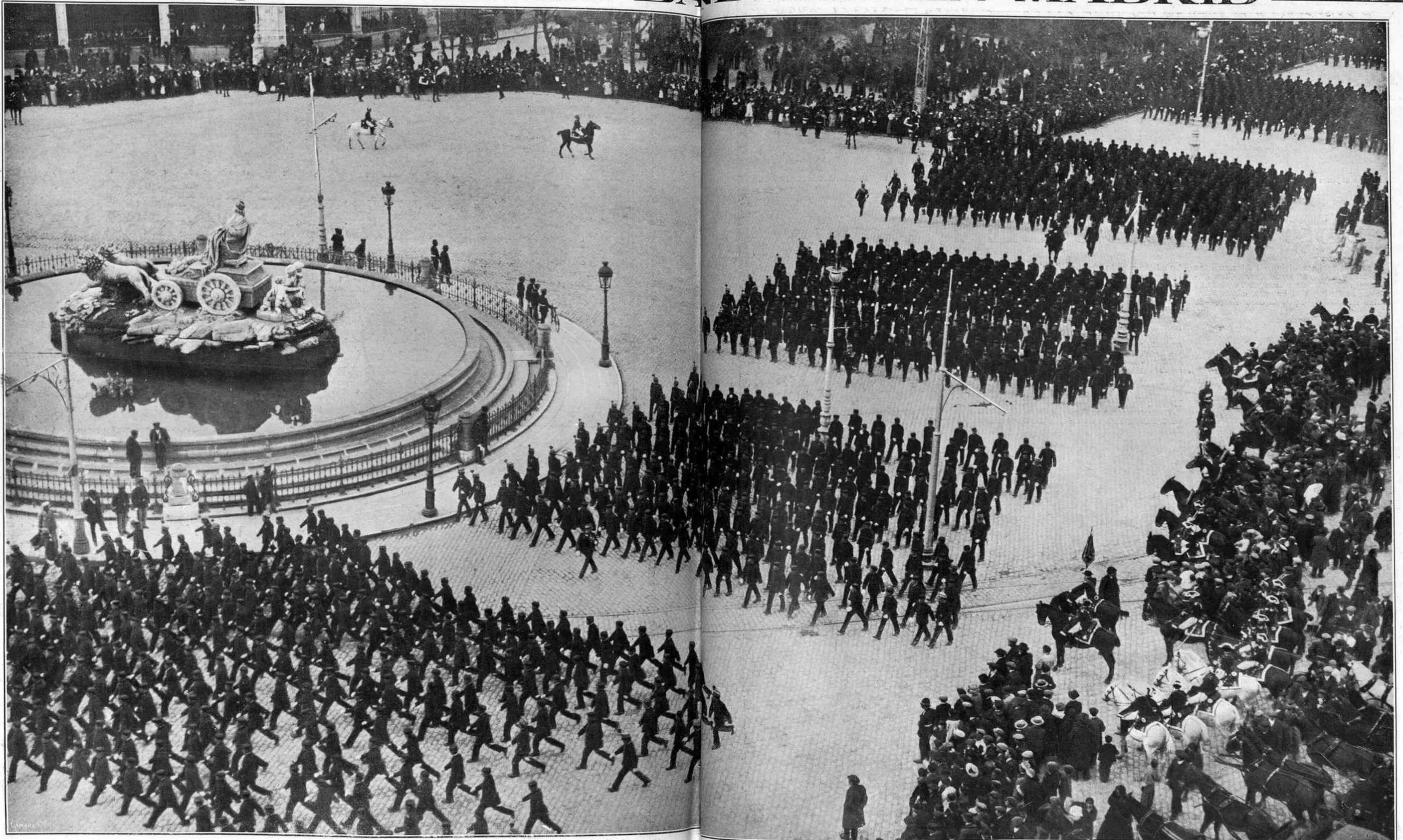


S. M. el Rey Don Alfonso XIII y el ministro de la Guerra, teniente general conde del Serrallo, presenciando el acto de la Jura de los reclutas, verificado en el paseo de la Castellana el día 8 del actual

FOT. CAMPUSA

ATENEUM
BIBLIOTECA
MADRID

LA JURA DE LA BANDERA EN MADRID



Aspecto que ofrecía la plaza de Castelar durante el desfile de las tropas que concurrieron al solemne acto de la Jura de la bandera, celebrado en el paseo de la Castellana el día 8 del actual

FOT. ALONSO

ALONSO
FOT. MADRID



El general Joffre



Soldado inglés



Soldado francés



Mr. Grey



Soldado ruso



Soldado japonés



El generalísimo Nicolaewich

ASPECTOS PINTORESCOS DE LA GUERRA

LOS HUEVOS DE PASCUA

La guerra no hace olvidar á Alemania las fiestas y costumbres tradicionales. Los alemanes son buenos chicos que, á pesar de ver cómo se desangra el imperio, cómo las industrias nacionales—salvo la casa Krupp—se



Un submarino

arruinan, cómo desaparece la flor de su raza y cómo el hambre asoma en el horizonte encendido su esquelética silueta, siguen sonriendo.

No es la sonrisa latina de Francia, no es tampoco el humorismo frío de Inglaterra; es algo más ingenuo, más dentro de la sanidad espiritual que explican los ojos azules y los ademanes torpes de los mocetones rubios que van á la muerte sin preguntar por qué matan.

Esta sonrisa burlona y un poco cándida es la de los viejos caricaturistas Oberlander y William Busch. Es la del antiguo y plácido *Fliegender Blätter*, no la del moderno y cáustico *Simplicissimus*.

El alemán es el hombre que más se divierte y que más respeta las tradiciones de su alegría y de su fuerza. Por eso, aun en los momentos terribles y fatales como los de ahora para su nación, el alemán olvida los campos de batalla, las listas de muertos, heridos y prisioneros y rinde un tributo á la tradición.

Pero no tiene por qué intranquilizarse el militarismo; pueden confiar tranquilos en el porvenir los señores que construyen cañones y los que obligan á otros hombres á empujar y disparar esos cañones.

La obsesión guerrera subsiste en Alemania.



¡Prisionero!

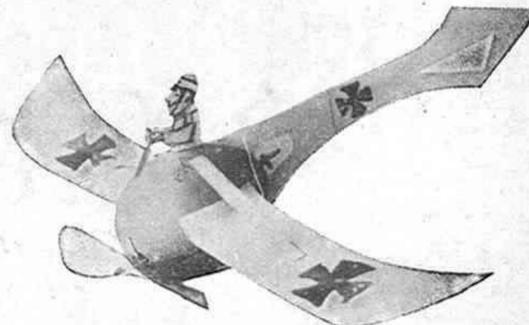
Lo mismo cuando atacaban al Kaiser y al ejército los caricaturistas Heine, Bruno Paul y Gubranson, desde las columnas del *Simplicissimus*, que ahora que sacan brillo con sus lápices á las botas de la oficialidad germánica, el alemán relaciona todo con la guerra. Incluso las fiestas de paz, de universal fraternidad, de mutuo reconocimiento á los afectos dulces y cordiales.

¿Recordáis ciertas fotografías de la Navidad en las trincheras? Bajo la tierra húmeda de nieve, lucían las velitas multicolores. En un pino auténtico, descascarillado por las balas, se colocaban juguetes..., que no eran juguetes: mitones de lana, paquetes de tabaco, pipas, tarjetas postales patrióticas, cruces de cartón que tenían un carácter provisional, en espera de la otra de hierro...

Y mientras tanto en Berlín, en Munich, en Viena, los escaparates de las jugueterías estaban

Si simbolizan el retorno á la alegría después de los días lúgubres de la Divina Pasión. Han de ser un recuerdo de amistad y son un recuerdo de muchos odios.

Pero también son, como en otros años ante-



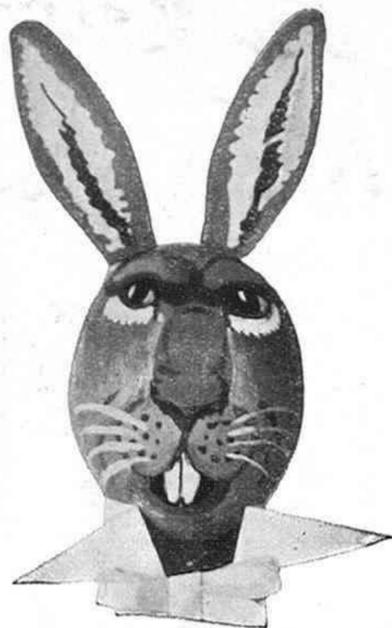
Acoplano condecorado

iores, burlescos comentarios y toscas obras de un arte primitivo y simplicista.

Primero la serie de «nuestros enemigos», admirables caricaturas entre las que sobresalen las de Joffre, el ministro inglés Grey y el generalísimo ruso Nicolás Nicolaewich; los tipos representativos de cada raza: el inglés de los dientes enormes, el francés de la perilla, el japonés con su rostro astuto de líneas triangulares y el ruso de faz idiotizada y triste como la de un mujick; las siluetas de soldados alemanes deteniendo á un francés ó conduciendo á un cerdo cebado en los campos de Flandes; los aeroplanos, los submarinos... Bastan, además de los huevos, unos trozos de papel y un poco de ingenio para hacer estas burlescas figuras.

Imagináos con qué placer partirá un buen patriota alemán uno de esos huevos. Por varias razones: porque se destroza, aunque sea en grotesca efigie, á un enemigo, y porque los alimentos escasean cada vez más.

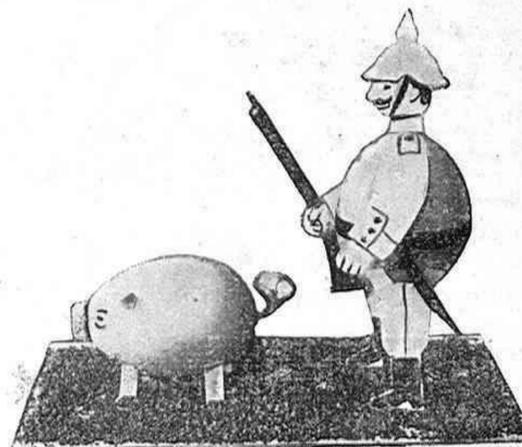
Nosotros, como buenos neutrales, nos atenemos á nuestras monas... que ya no son tales monas, sino la modesta rueda de pasta indigesta con el huevo cocido, más indigesto aun.—J. F.



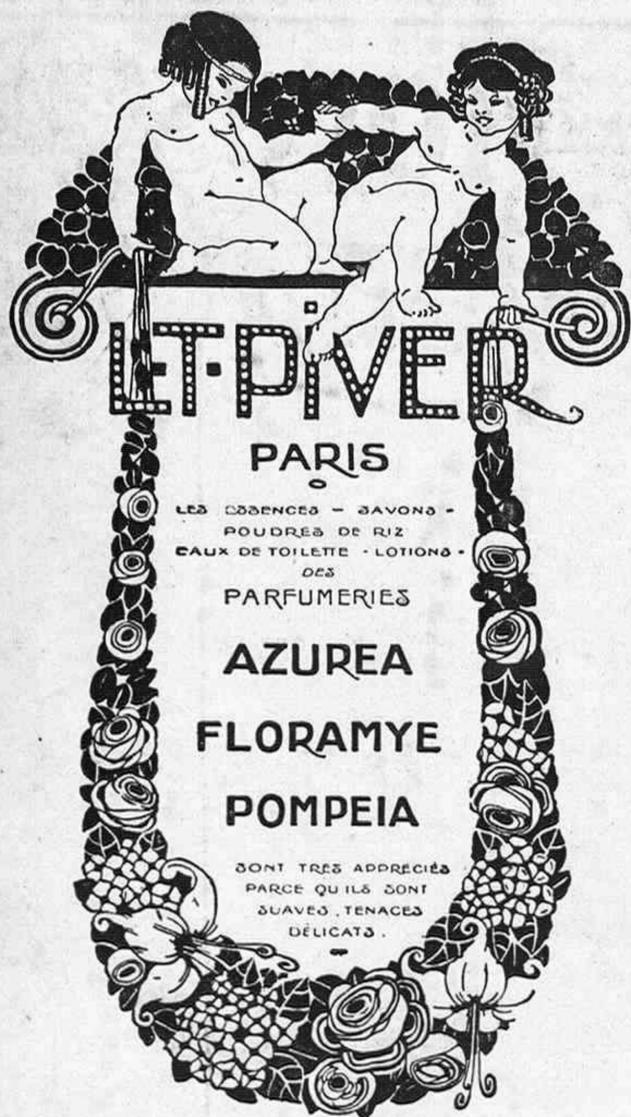
«Le lapin français»

llenos de otras cosas que tampoco parecían juguetes, aunque se les regalaban á los niños para jugar con ellas: cascos, balas, torpedos, cañones, fusiles, alusiones al «cochon» francés y al «dog» inglés, y también las mismas cruces de cartón que los padres, los hermanos, hallaban en los árboles «nevados de verdad», como una promesa...

De este modo á los niños se les sostenía vivo, y encendido, el fuego sagrado del patriotismo. Porque ya sabemos que el patriotismo consiste en matar al que no nació dentro de los mismos horizontes que nosotros. ¿Qué importaban los llantos de la madre, de la esposa, de las hermanitas conscientes, cuando viera á los niños con cascos, fusiles, balas y cañones de juguete que les recordaran los episodios trágicos y desconocidos en que tomara parte el hombre amado? Lo principal es conmemorar las fiestas... de un modo actual. Por eso los huevos de Pascua de este año se llaman «los huevos rojos». La actualidad tiene ese tono de sangre y de incendio.



Botin de guerra



L'ÉPIVER

PARIS

LES ESSENCES - SAVONS -
POUDRES DE RIZ
EAUX DE TOILETTE - LOTIONS -
DES

PARFUMERIES

AZUREA

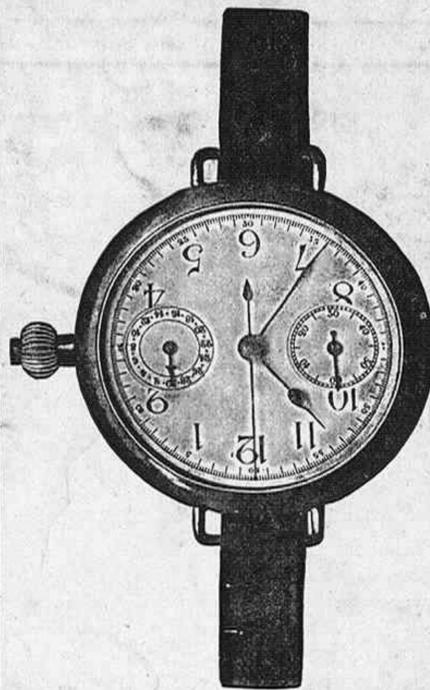
FLORAMYE

POMPEIA

SONT TRÈS APPRÉCIÉS
PARCE QU'ILS SONT
SUAVES, TENACES
DÉLICATS.

**Fábrica de Relojes
DE CARLOS COPPEL**

:: MADRID ::
Calle de Fuencarral, 27



**Reloj-Pulsera, especial para
Sport, con cronógrafo y contador
(plata con pulsera de cuero)
A PTAS. 100**

GARANTÍA DE BUENA MARCHA

REMESAS Á PROVINCIAS

K Â U L A K
FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** □ Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :::: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 ::::

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**
HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado



17 ABR 1915

Tabon

del **Flores
Campo**



Toda mujer "chic"
tiene en su toca-
dor el jabón

FLORES
DEL
CAMPO

Perfumeria
Floralia
Granada 2
Madrid